

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

*INFLUENCIA DEL GROTESCO EN CRÓNICAS
DESDE LOS NICHOS*

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN
CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A :

GRECIA FLORENCIA REYES SALAZAR

Directora del trabajo recepcional
Mtra. María Teresa Dey López

Ciudad de México, enero de 2018

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Para mis padres
Patricia Salazar y Roberto Reyes,
por el resultado de su inigualable forma
de educarnos a mis hermanos y a mí.

Para mis hermanos
Pavel y Leonardo, por ser
mis reflexiones, el crecer junto a ellos
me ha mostrado realidades del ser padre e hijo y
lo que la vida de un nuevo ser, significa.

Para la Unidad Habitacional Ermita Zaragoza
y sus habitantes,
por ser experiencia, inspiración y aprendizaje.

AGRADECIMIENTOS

Empiezo por agradecer a mi casa madre la UACM, por los años de alojamiento. Un placer conocer su noble proyecto y hacerme parte de él. Ahora y siempre he tenido la convicción de que debe defenderse. Después, a quienes forjaron gran parte del cariño que guardo por la universidad: a mi directora Mtra. María Teresa Dey López, aprecio el alumbramiento siempre humilde y cariñoso para conmigo y este trabajo, gracias por confiar en él y defenderlo, en ocasiones, más que yo. También agradezco a mis lectoras por prestar sus ojos, su profesionalismo y experiencia para mejorar las presentes líneas: Lic. Adriana Jiménez García, quién además de sus lúcidas clases, fue mi tutora durante la carrera. A la Dra. Carmen Ros por transmitirme el valor y lo que hay de verdadero en el arte de la literatura. A la Lic. Elsa Patricia Fujigaki Cruz, por su enseñanza sobre el mundo del cuento y lo editorial. Y a todos mis profesores de la carrera, por su paciencia y por compartir su experiencia. También agradezco, fuera de la UACM, pero aquí presente, a mi amiga y maestra de vida: Lic. María Mónica Ramírez Vázquez, por su atención en la corrección de los cuentos y en referidas ocasiones, de mí, agradezco su luz en mi camino.

A quienes me brindaron el apoyo y alojo en sus hogares, como un miembro más de su familia, la primera en adoptarme: Patricia Torres, Roberto Ramírez, Alejandra Ramírez Torres, (mi amiga más antigua) y sus hermanos Roberto, Karen, y el nuevo miembro Derek, gracias por su apoyo de alguna u otra forma en los ratos complicados. A mi segunda familia adoptiva: Hortensia Rodríguez, Antonio Leos y Erika Leos Rodríguez, porque con su cariño y atención no sólo conmigo, sino con mis hermanos, nos devolvió la libertad a toda mi familia. Aprecio y agradezco también a los hermanos Armando, Carlos y José Beltrán Hernández y su familia por la atención, confianza, y respaldo incondicional en mi

trabajo como comerciante. Aprecio su colaboración fundamental, quizá sin saberlo, para la construcción de la mayoría mis historias.

Agradezco la compañía imprescindible de mis amigas y amigos, en risas, glorias y penas: núcleo familiar adoptado en la UACM: Mitzi Rodríguez, Laura Martínez, Aldo Méndez, Frida Rodríguez, Roberto Espinoza. A Gloria Cenobio, Emiliano Aréstegui y al nuevo miembro, su hermoso hijo Ignamé. A Salvador Flores, por el tiempo compartido como amigo y pareja, por acompañarme y sorprenderse junto conmigo ante el asecho de los callejones con sus nichos de colores. Y a los compañeros, verdaderos Uacemitas con los que me ha tocado compartir ratos en los que se defiende a la UACM, a la educación y al país.

A mis amigos y compañeros comerciantes-tianguistas, con quienes he vivido y experimentado las recientes pocas ventas, los aires que se llevan las lonas y los diluvios arruinando el día y las mercancías, por muchos años. Agradezco a los que amablemente se ofrecieron a ayudarme con su cooperación monetaria para sacar adelante este acontecimiento, a la Señora Yolanda Sánchez, gracias por su apoyo y su cooperación, me son de mucha ayuda.

ÍNDICE

I.	Crónicas desde los nichos.....	8
II.	La Ermita.....	11
III.	Los nichos.....	14
IV.	Las Vírgenes.....	16
V.	La Virgen de Jamaica.....	18
VI.	A un lado de la jaula.....	20
VII.	Colibrí.....	21
VIII.	Cuida tu cartera.....	24
IX.	Coyotes que ayunan.....	26
X.	La Jefa.....	28
XI.	A un lado de la capilla verde pistache.....	31
XII.	Debajo de las noticias viejas.....	34
XIII.	El harapos.....	36
XIV.	El rojo.....	39
XV.	Blanca.....	42
XVI.	Nota roja.....	44
XVII.	La laguna.....	46
XVIII.	<i>Dos de Abril</i>	49
XIX.	Insensibilidad.....	51
XX.	Quique.....	52
XXI.	La rebelión de las aulas.....	54
XXII.	Cartolandia.....	56
XXIII.	El Chaparro.....	58
XXIV.	El ciclón.....	61

Poética

	Introducción.....	65
I.	Ermita.....	68
II.	Grotesco y Carnavalesco: sus transformaciones.....	73
III.	Algunas compilaciones de autores del siglo XX que traslucen el contexto social que les tocó.....	80
IV.	<i>Crónicas desde los nichos</i> . La propuesta.....	90
V.	Conclusiones.....	98
	Bibliografía.....	101

Crónicas
desde
los nichos

I

Crónicas desde los nichos

La Ermita era mi hogar, el mío y el de todas mis evocaciones. Nosotras y *La Ermita*, fuimos creadas con un fin en común: para ser contempladas. A ella, La Unidad Habitacional, para referirla como uno de los lugares al que era preferible no ir y a nosotras, bien sabido es, como un símbolo de fe. Las construcciones que nos albergaban: escudos — al principio relucientes— incapaces de resistir al tiempo metamórfico en cada una de las paredes y pisos que nos conformaron, a pesar de los ladrillos nuevos y la pintura.

Las Guadalupanas estábamos programadas para aceptar y transmutar la realidad en suspiros que apenas movían botellas de plástico vacías, impotentes ante esos seres de cabellos opacos que raspaban los muros y salpicaban las calles de sangre y orines.

En cada nicho, mis ojos eran testigos de cuando las piedras de *La Ermita* crujían con el impacto de las balas y la violencia que enmarcaba la existencia de quienes se decían hijos míos.

Nuestras imágenes —multiplicadas en barro, cerámica o cantera siempre imposibilitadas para terminar de parir, pero ansiosas por la maternidad— tomaron en adopción a esos huérfanos de esperanza y de paz interior trastornados por el miedo y el dolor.

Cada una de nuestras réplicas y su merecido altar, ubicadas justo donde eran requeridas, adoptaban su propia personalidad, con posturas y miradas diferentes. Algunas de nosotras simplemente ignorábamos a nuestros fieles, otras éramos tan solapadoras como madres que excusan a sus hijos por sus actos y les concedíamos esporádicos favores. Las más bondadosas dábamos refugio a individuos que entendían nuestros gestos y lamentos. Ellos abrían sus manos para acariciarnos el rostro y atentos conversaban con nosotras por

las noches, cuando la mayoría de las cabezas permanecían en el letargo por alguna sustancia, ellos no conseguían descanso en los sueños.

Los seres humanos que ahí habitaban eran de diferentes tamaños y aunque midieran lo mismo, la jerarquía era diferente. *La Ermita*, mi hogar, es un mundo fragmentado por grietas; sus huéspedes vagabundos, comerciantes, amas de casa, estudiantes o expertos en el arte de robar, secuestrar y matar: eran los que se salvaban, los más aptos, los más astutos, los que eran capaces de esquivar las minas.

Su fe en mí era la razón por la que la mayoría podía ser libre de espíritu, dejaban en mis nichos su descaro sincero y respetuoso, se sentían absueltos y continuaban su camino, seguros y serenos. Las risas de los niños y los borrachos eran idénticas: francos sonidos de alegría. Mis oídos preferían mil veces esos ecos, al ensordecedor retumbar de las balas.

Los estudiantes recorrían las banquetas en banda, tramando riñas y portando uniformes, era un placer ver cómo caminaban su adolescencia enamorada.

Las hembras mayores se preocupaban por sus quehaceres del dinero y comida para los hijos, algunos ya corrompidos. A otras, ocupadas en el intento de salvar su propia realidad se les iban dibujando serenos pliegues en la frente y alrededor de los ojos.

Para quienes no contábamos ni *La Ermita* ni nosotras era para aquellos que habían caído ahí por destino o casualidad. Ellos volvían de sus ocupaciones con apatía y recelo, gesticulaban y querían salir. Esos estaban lejos de mi alcance, apenas y me veían de vez en cuando, eran los que más fácilmente se iban, pues nunca pertenecieron, ni a nosotras ni a nuestros callejones.

Algunos días nos perdíamos en el rojo del atardecer reflejado en la pequeña *Laguna*, apartadas aunque fuera por unos metros del bullicio de los habitantes, cuyas casas no dejaban de dibujarse en su reflejo, sin embargo, estas aguas parecían cómplices de *La*

Unidad, lo fue desde que una noche, dos sujetos arrojaron un cadáver a *La Laguna*, a su espacio lacerado por el tiempo y el calor de los días sin lluvia. Era un hombre con ojos aterrados y ella no tuvo más opción que amortajarlo entre sus brazos de fango.

El tiempo en *La Ermita* era cíclico, las generaciones se repetían como espejos, hasta que de tanto girar, el mundo de *La Unidad* se cuarteó hasta hundirse. Juntas *La Ermita* y nosotras, nos dejamos sumergir junto con los pedazos de reflejos, frágiles cristales, ciegos del desgaste de la naturaleza, ante la que ni sus armas, ni sus alcoholes, ni su violencia, ni nosotras, pudimos prevenirlos.

II

La Ermita

Si *La Unidad* habitacional de *La Ermita* hablara y refiriera los hechos que pisotearon poco a poco sus entrañas, ningún oído humano soportaría el tono de su realidad. Era un lugar que no estaba en una cima, sino en el lodo seco, en medio de todos los cerros. Tenía fama de peligrosa y poco hospitalaria con los invitados, incluso zarandeaba de vez en vez a sus propios habitantes para que recordaran la basura y esos remolinos en sus esquinas.

La música de salsa trasladaba rítmicos recuerdos a la mayoría de los adultos, los despertaban de sus sueños, los golpes y disparos. Entre los rayos de sol, volvían a su memoria el sabor de sus mejores bailes: los ligues audaces a través de aquellos pasos pulidos.

A los adultos se les desorbitaban los ojos con aquellos bailes de las últimas generaciones —su chingado reggaetón y sus hazañas de narcos—. En donde los jóvenes pretendían demostrar su valentía y dinero.

Al despecho amoroso se le veía sollozar junto con el frío de la madrugada, en notas de banda y norteñas que decían del fracaso en el amor por culpa de la injuriosa infidelidad, la inesperada muerte o por el tramposo juego de los celos. Las esquinas parecían diminutos hormigueros negros, formados alrededor de un nicho de la solapadora *Virgen de Guadalupe*. Vistos de lejos, eran seres tambaleándose, como una colmena de insectos a punto de ser derribados.

Paseaban jóvenes en motonetas adaptadas con bocinas, luciendo tenis y ropa según ellos a la moda, mirando a la gente como se ve a un escarabajo, que aunque desconocido, se muestra inofensivo, se oía: “*Mira, mírale las manos/en ella no tiene un callito/Ese nunca*

ha trabajadoo/y siempre anda bien bonitooo”, su ritmo recaía en los estómagos huecos de los visitantes que miraban con rostros angustiados y encendidos.

Las cinco secciones de *La Ermita*, eran resguardadas por jaulas de largos barrotes y anchas láminas azotadas por el fragor del viento que arrastraba sus puertas, cual ancianas remolcando sus pasos ante las llagas del suelo. *La Ermita* se asemejaba a alguna de las prisiones más grandes que poblaban la ciudad.

Oxidadas y deterioradas, las jaulas aseguraban autos, alojaban a perros y gatos e intentaban evitar un robo, en ocasiones sin mucho éxito. Algunos vecinos daban provecho a su desempleo y las habían adaptado como accesorias para poner a la venta productos ya inservibles para ellos.

Aún con los cambios en las nuevas generaciones, los fieles, y los que no lo eran, se reunían cada año para festejarnos a nosotras, *las Vírgenes*, en todos los pasillos, unas éramos más chicas que otras, pero todas merecedoras de aquel baile majestuoso organizado a nuestra caprichosa gloria. Resonaban en todas las casas esas cadencias contagiosas con su sabor, hasta el rincón más tímido. Hacían que el ambiente de *La Ermita* se sintiera armonioso, aunque fuera sólo en esos momentos.

Algunos niños recorrían las calles con la *mona* adherida a la boca y nariz, remojadas en ese líquido que se disolvía junto con sus cerebros. Los mantenía en un estado en el que el tiempo y su acontecer, transcurría en cámara lenta. Acechaban, con los ojos entrecerrados, a posibles víctimas de robo. Los ajenos, atemorizados pasaban rápido queriendo ser invisibles frente a aquellos ansiosos por reunirse con otros que también caminaban por los mismos rumbos largos y agrietados. Entre abrazos ebrios, insensibles al frío de la madrugada, se decían “carnales”. Empecinados, atracaban mientras que los

visitantes se unían a la sorpresa de las esquinas. Los jóvenes se ayudaban con el alcohol para demostrarse que todo era mejor que antes.

Era común ver a unos adultos refugiados en sus viejos vicios: cigarros, marihuana, salsa y huachiringas. Advertían, tras los vapores etílicos, a los adolescentes frenéticos que lanzaron piedras contra una ventana e hicieron estallar los vidrios en sus propias caras para después correr riéndose de su pillada.

III

Los nichos

La Ermita, tan joven y deteriorada, esa construcción que ensombrecía a la ciudad de largas canas de humo y esmog, era el lugar al que ningún taxista iba porque atemorizaba a las mentes valerosas y atraía a los espíritus más alterados. Convergían en sus callejones nuestros sagrarios, a *Las Vírgenes de Guadalupe*, que se hallaban en cada esquina. Eran nichos cuarteados, alzados por algunas conciencias en desasosiego, adornados como ofrenda para sanar sus robos, asesinatos, violaciones o sólo para disculparse por *la piedra y la mona*, como si eso resarciera sus organismos y sus mentes. Era un intento de sepultar sus culpas en la fe que guardaban nuestros párpados casi cerrados de madres *Guadalupanas*.

Las diferentes capas de pintura creaban un caparazón sobre los nichos y lucían toscos: algunos color de rosa, otros azules, verdes y blancos, colores claros y puros eran en donde los espíritus encontraban un poco de consuelo. Durante las noches se reflejaba tal pulcritud en las concavidades, que los visitantes no adivinaban la trampa guardada por la mirada de los callejones. Nuestras pequeñas cúpulas con *Vírgenes* de todos tamaños habían oído las súplicas de los habitantes, ruegos guardados en una nube espesa dentro de las capillas.

Había algunas viviendas más dañadas que otras, con fisuras en las paredes y hoyos en los rincones, como en aquella casa en la segunda sección, la que hacía esquina con el andador *La Roqueta*. Era el brazo mutilado e infectado de *La Ermita*, esa construcción impresionaba a quien iba por ahí, porque podía pasar un cuerpo humano por la implacable grieta que fragmentaba la casa por la mitad y seguía tal cual haría un reptil recién despierto, se estiraba a la siguiente casa y extendía su cola a la próxima calle.

La Unidad correteada por la sobrepoblación de la ciudad, se acomodó rápida e improvisada, sin saber que ese era el nicho del extinto lago de Texcoco que resurgiría, decidido a reclamar sus terrenos, moviendo su fangoso, seco y lento cuerpo para ocasionar grietas por doquier: banquetas, paredes, calles y bardas. Aún con esto, en los callejones de *La Ermita* la basura giraba junto con el viento y las ratas iban cadenciosas de lado a lado.

La mayoría de las familias tenía un progenitor o quizá ambos tras las rejas. Los niños creaban historias en torno a sus padres y los veían en las esporádicas visitas al reclusorio, lo que provocaba una divertida reivindicación de su propia realidad para convertir al encarcelado en superhéroe. La familia no entendía por qué, cuando su recluso al fin volvía al sol, éste llegaba dando tumbos, desacostumbrado a moverse fuera de sus cuatro paredes abarrotadas y comenzaba su ansiedad por el encierro. Las madres se preguntaban cómo es que ellos dejaban de extrañar a la familia y a la gloriosa libertad y que, tras una semana o dos, dieran motivos para ser encarcelados de nuevo. Mientras los hijos jugaban a que los superhéroes volvían a sus guaridas para operar desde ahí su siguiente hazaña.

Los habitantes de *La Ermita* contaban con tres o cuatro generaciones desde su fatal nacimiento. Pero los viejos aseguraban que las últimas habían rebasado los límites: “como si no hubiesen tenido una buena escuela con sus padres”, criticaban otros creyéndose a salvo de tales pesares, ajenos a los callejones con sus *Vírgenes*.

*IV**Las Vírgenes*

Nosotras, las madres celestiales, con nuestros ojos avergonzados de lado y entrecerrados, nada más mirando cómo la mayoría de nuestros fieles caían víctimas de las consecuencias de su realidad, impotentes ante el incumplimiento de sus oraciones.

Eran los malos humores que corrían por este lado de la ciudad que paralizaban al ciudadano digno de buena moral y ubicación. Como la adolescente que fue violada en las canchas un sábado por la noche y no logró explicar lo que le pasó. No pudo decir que mientras abrazaba a su novio, un sujeto, pistola en mano los amenazó, les amarró las manos y se apoderó de ella en lo que invitaba a mirar a su acompañante.

No pudo relatar la ansiedad en el rostro del atacante y su sudor, que la mojó como si tuviera goteras por todo el cuerpo, era una imagen que la acechaba. No conseguía gritar la rabia de esa noche ni entender cómo, de entre los miles de habitantes, sólo los columpios oxidados se movían por el viento y el techo de la cancha fruncía sus láminas. El polvo, como voraz enemigo, rodeaba el lugar y lo hacía parecer vacío, sin gritos ni jaloneos.

Por otro lado, la familia de la mujer que fue asesinada algunos años atrás, seguía padeciendo su pérdida, maldecían el momento en el que ella acertó a caminar por la calle en el instante en el que se desató un tiroteo entre policías y vecinos que intentaban robar un negocio. La rabia que sintió el hijo mayor lo convirtió en un hombre violento.

Las calles también vieron cuando un hombre robó unos tenis en el tianguis, dio sus últimas zancadas antes de morir a causa de los golpes que le propinaron los comerciantes. Cayó con la cara desfigurada, la sangre teñía su playera azul, la que más le gustaba.

Algunos lugareños daban fama a la zona, incluso tras los barrotes, desde donde regenteaban a los jóvenes inexpertos para atracar los negocios de alrededor. Esos iban

directo al tutelar por matar a un joven en venganza amorosa, otros eran atrapados por los policías, mientras extorsionaban al dueño de una funeraria.

Nuestros ojos amorosos y mudos, fueron testigos de aquellos destinos...

V

La Virgen de Jamaica

La esquina de *La Roqueta* siempre fue uno de los puntos de venta más fuerte para cualquier distribuidor de marihuana pero, ese lugar se había convertido en la esquina del *Bot* desde hacía unos meses.

Yo era una virgen de *Guadalupe* de cantera café, me albergaba un altar que iluminaba el final de los callejones que convergían. Las rosas multicolores a mi alrededor, florecían casi todo el tiempo. Tiras con flores plastificadas en azul y amarillo adornaban el espacio que tenía como recinto. Luces navideñas irradiaban con su palpitar mi nicho cuadrado. Yo, *la Virgen*, y mis rosas fuimos testigos permanentes de todos y cada uno de los sucesos. El humo de los que buscaban refugio en la hierba, me era ofrendando. Dos o tres disparos, como fuertes estornudos al cielo, eran ocasionados por la temperatura de las pachitas o de lo que hubiera a la mano.

Viejos y jóvenes dibujaban una cruz en su frente cada vez que atravesaban por ahí. Muchos me encargaban su trabajo:

—¡Qué no me vayan a llevar al bote, permítame esta chamba!— Habían repetido esta frase de forma distinta muchas veces.

A otros los veía recostados en la banqueta de la esquina para ver pasar a la gente, bebiendo alcohol y refresco, varios en edad madura, unos viejos ya, tenían esa salida para sus añejos pensamientos. Los casi niños preferían cerveza, era lo mejorcito, pero, si era mucha banda: un ron *Los Reyes* o un *Tonayán* con refresco de toronja sabían bien. Suficiente alcohol, hierba, piedra, monas o las cuatro, todo para la noche. Si había algún extraviado, acarrea a un enfrentamiento de cabezas con alcohol, por eso la pistola lista

con todas sus cargas, el ruido era para que todos supieran que los casi niños, estaban ahí con suficientes balas.

VI

A un lado de la jaula

Un perro que olfateó su cabello lo despertó. Lo primero que sintió fue un líquido salpicando su oído, era una bolsa con comida a punto de descomponerse. Una mujer la había amarrado sobre la jaula el día anterior y chorreaba justo sobre su cabeza. El animal hambriento la rondaba con interés pero, se detenía de vez en vez a olisquear sus cabellos mugrosos y anudados. Se rascó la frente y repasó su barba de chivo, acomodada por la ansiedad de sus dedos. Se quedó tirado, planeando el próximo movimiento. Sus pestañas, pegadas por una que otra lágrima derivada de sus recuerdos y los tragos, apenas si le permitieron ver el cielo, le parecía que una nube formaba un águila.

El cartón en el que había dormido estaba tan tieso como él, por el frío, los orines, o por la pachita de alcohol que se vació junto con la caída que lo dejó postrado en ese lugar. No avanzó más, no pudo ni llegar al sillón que alguien abandonó justo a un metro de donde estaba.

Cuando intentó enderezarse, se dio cuenta que tenía entumidos los músculos y sus articulaciones no obedecían. Trató de incorporarse varias veces. Se escucharon tres o cuatro quejidos antes de dejarse caer y, aunque el calor del sol ya había empezado a ayudarlo, su bastón no estaba, no podía hacer más que arrastrarse.

Pensó en lo inservible que se sentía. Otros sorbos de alcohol lo ayudarían. No, primero tendría que pedir dinero. Levantó la botella de plástico con una tira amarilla colgando, que decía: *caña destilada*. Había quedado aplastada cuando éste se desplomó. Saboreó unas cuantas gotas que cayeron en su boca seca y cruda y sonrió hacía al cielo.

VII

Colibrí

Los gritos de afuera lo hicieron volver de la agitación de su pesadilla. Despertó con el mismo humor de su sueño, dio vueltas en la cama y ni así desapareció la angustia sino hasta que, perezoso y con ansiedad, se puso en pie. Hubiera querido dormir hasta medio día para descansar las penas en su sueño, librándolas del terror de la vida diurna.

En la ventana aún quedaban pequeñas gotas de lluvia de la tarde anterior. Una bugambilia anaranjada, un poco pálida por el frío, pegada a la pared, apartaba cual cerca, el calor casero del hedor de la calle. El tulipán rojo que nació por casualidad en una maceta, floreaba por décima vez. Un colibrí lo rondaba y el ocioso gato, lento por su peso, intentaba cazar al ave. No le gustaba permanecer mucho tiempo en casa, se sentía descubierto por todos lados, mirando por el vidrio, imaginaba al colibrí encerrado en una jaula.

Ahora no tenía control ni de sí mismo. Le comenzaba a pesar la panza al caminar y le gustaba expandirse en el sillón al mirar el televisor. Sus pantalones, de tan anchos y largos, podían ser rellenados como una piñata. Él sentía un vacío entre sus piernas y el pantalón, además eso le hacía parecer más bajo y corpulento de lo que era.

Si alguien observara su historia fotográfica, lo identificaría por el rostro parchado por cicatrices, aparecía con gasas en distintos puntos de la cabeza. De niño: en la frente, la barbilla, a un lado del ojo izquierdo y a la derecha de la mollera que ante ese ladrillo, pareció tan tierna como la de un recién nacido. Más grande, pasando la adolescencia: cinco puntos en la frente en forma de un tache, ante la desobediencia de la jauría y los tantos “asaltos”, era casi una costumbre verlo con los labios sangrando, raspones y moretones, señas de la educación callejera ajena de aquel vago vapor familiar.

Esa mañana, mientras su atención se concentraba en el fracaso del gato acechando al colibrí, le vino en gana dejar al grupo. Mientras mascullaba esta idea, en el estómago se le formó un vacío, no por el hambre, sino por la figura del infortunado abandono. Como cuando sus padres, por descuido, lo olvidaron en el mercado, aunque él no lo recordara.

Sus amigos, sus carnales, como les llamaba, lo esperaban en jauría. A veces tampoco tenía ganas de verlos, pero no podía evadirlos pues tenía diferentes encargos: como el de administrar los movimientos de los demás. Incendiar el patio de la escuela, aprovechando el día de muertos, cobrar las deudas que los demás contraían con el grupo, a veces sin saberlo, y de ser necesario, las de los mismos *carnales*.

Los que mandaban tenían la facha fraudulenta en sus finas ropas de abogados, todos unos profesionistas que se tomaban la molestia de asesorar a una bola de chamacos, uno de ellos llevaba el cinismo impreso en su calva cabeza rasurada. Ellos mismos lo inspeccionaban. Él sabía que de cualquier modo lo reprenderían para que no se le ocurriera descarriarse.

Pero las cámaras, “agentes protectoras de los ciudadanos”, en complicidad con la confusa despedida, captaron justo el momento en que el cúmulo de jóvenes se movió como un enjambre tras su presa. Atacaron a los estudiantes que bajaban las escaleras: prueba final. Las imágenes se fijaron justo sobre él repartiendo el botín de la mochila que le habían quitado a un estudiante, y que de casualidad cayó en sus manos, como otras veces. En cambio no vieron a uno de los que mandaba, propinando una paliza, la más grande en la vida de ese estudiante, cuyo error fue bajar las escaleras justo en ese momento.

Todos corrieron, se dispersaron... al que había sido enfocado y cinco que resaltaban por no despegarse del foco de la cámara, los treparon a una patrulla. De acuerdo con lo planeado, el más afectado por la situación debía ser el más lento y abandonado.

Tras barrotes, entre la angustia y el miedo, recordó al felino entretenido con el colibrí, también pensó en el aleteo adiestrado del ave. Se recargó en el camastro del separo y se abandonó imaginando que él era quién se divertía engañando al gato con la maestría en sus alas de colibrí. Aunque en realidad se sabía igual que el pesado animal, cuyo color blanco se entorpecía por unas manchas negras y un lunar en su rosa nariz.

VIII

Cuida tu cartera

— ¡Niño, métete y deja de dar lata!— dijo *el Bot* cuando su hijo menor lo distrajo justo en el momento en que tres personas diferentes salían de la casa. Estuvo espiando quién salía y entraba poco más de un mes, incluso la hija más joven a veces le sonreía mientras daba vuelta a la chapa de su puerta, tan inútil, pues cualquiera podía entrar por esa grieta que había causado la deformación geológica.

Nunca le había gustado vigilar a la gente porque a él le intimidaba ser observado. Se ponía nervioso, paranoico, como si escuchara lo que las miradas decían, pero el último operativo lo había colocado en esa situación casi penosa. Ese era el trato: vigilaría, sólo eso, e iría a partes iguales con *el Bombón* y *el Millán*.

Además, con tres hijos y uno más en camino, la ansiedad lo había vuelto a atrapar igual que la piedra. Se las estaba viendo duras ante su frustrado puesto de “dulces” y de una que otra garra caída de alguno de los farderos. Así pues, de repente comenzó a espiar a sus vecinos, los acosaba con la venta de prendas o aparatos que él creía, eran adecuados para ellos o sus familiares. Aparecía en el momento en que su víctima se asomaba y no la dejaba ir sin la compra de la preciada mercancía, —es para la leche de mis hijos, entiéndame, no he tenido chamba, son prendas nuevas, chéquelas—, los que le compraban lo hacían con miedo como pagando una cooperación, sin la garantía de no ser sorprendidos más adelante.

El Bot era de estatura media, delgado, con la piel casi adherida a sus huesos como un murciélago. Chupado por las monas de más joven o por la piedra de algún otro momento. Tenía dos de los dientes de enfrente rotos, negros y mal cuidados. Casi siempre acostumbraba escuchar la radio, sintonizaba estaciones de noticias o de salsa como *La más caliente*.

Días antes del robo, por un momento se distrajo de su tarea de cuidar y no vio que tres empleados de la policía se aproximaban a él, pues trasladó su atención a una canción que tocaba la radio, no pudo evitar entonarla, estaba justo en la esquina de la casa y, de haber estado sola, se habría escuchado el eco de su voz, pero la joven no oyó porque también tenía encendida su bocina y, como en coro, entonaba la misma canción que *el Bot*. Además se entretuvo mirando a un desconocido que pasaba enfrente de él. Detuvo su mirada justo en su trasero, en la bolsa de su pantalón delineado por la plancha, lucía cuadrada y abultada, mientras seguía cantando: “*Ese, ese tumba lo que ve, si lo ve mal puesto. Anda cuida tu cartera, ese sí que sabe de eso*”.

Esa pequeña pero significativa distracción le impidió huir e identificar cuándo los policías se acercaron para llevárselo preso, acusado de narcomenudista y daños a la salud. Ese día yo, *la Guadalupeana* de cantera, que lo había visto crecer, levanté la mirada para ver cómo se llevaban por la fuerza al *Bot*, y me quedé impotente, cual madre a la que le arrebatan a su hijo por la fuerza.

IX

Coyotes que ayunan

El Millán siempre había sido delgado, pero la cárcel lo había hecho enflaquecer aún más. Le gustaba jugar fútbol tres o cuatro veces por semana, mínimo. Los domingos organizaba cáscaras al centro del estacionamiento, con las jaulas como gradas y piedras como postes de portería. En algún momento un cazador de jugadores callejeros lo invitó a unirse a un equipo de tercera división, pero la oportunidad se le escapó, igual que un balón que pasa entre los pies del jugador para introducirse en su propia portería. Se interesó más por lo que tenía a la mano.

Desde la última vez que lo agarraron robando cerca del metro Santa Marta, decidió no atracar en *La Ermita* y se marchó al Estado de México, del lado de Ciudad Nezahualcóyotl, donde los coyotes ayunan. Y aunque era estrecha la avenida que separaba al Distrito del Estado, había cierta diferencia en el manejo de la delincuencia. *Al Millán* le pareció menos arriesgado cruzar la calle y subirse a las combis. Formulaba toda una estrategia, analizaba el campo como un jugador a punto de lanzar un pase: aquél o aquella que fuera sacando su celular, dinero o algún aparato de música atractivo, era sorprendido por el astuto jugador. Se subía junto con su presa, preparaba la pistola y, aunque decía que no tenía la intención de dañar a nadie, le servía para intimidar.

Millán no era su apodo, aunque todos lo nombraban como tal en *La Roqueta*, en realidad era su primer apellido ¿Por qué le decían así? Quizá por su primera pelea en la secundaria, cuando a todos les quedó claro por los gritos: —Vas, *Millán*, chíngatelos, tú puedes—, —*el Millán, el Millán*—, y su esquelético cuerpo agarró fuerza de *las cáscaras* callejeras y atacó a dos estudiantes al mismo tiempo, arrojándolos fuera de la cancha.

Después todos le decían así, no por su primer nombre. Muchos que no sabían de esa pelea, lo respetaban por el rumor, o creían que quizá era porque venía de la Avenida Millán. En un tiempo intentó dejar de robar, él decía que lo intentaba por su hijo, pero como era adicto, sólo lo logró por unos cuantos meses y luego volvió a las andadas, pues necesitaba dinero. Se había puesto de acuerdo con *el Bot* y con *el Bombón*, no iban por un botín muy grande, pero sí por algo que les permitiera vivir al menos por un mes o dos.

Lo desafortunado fue que no contuvo su ansiedad por robar y subió a una micro de las verdes, de las que llegan al distrito. Lo hizo justo dos días antes del robo... Le hervía en el vientre un deseo por ver el rostro de esa gente asustada, dándole sus pertenencias, como tributo a un rey. Iba con una *treinta y ocho* que había logrado en un pleito, andaba con ella pero sin balas, no pensaba matar a nadie, sólo le facilitaría el susto para que la gente sacara más rápido sus cosas. Nunca pensó en que podía toparse con alguien que sí tuviera balas. Al parecer la competencia se había incrementado de este lado, ahora estaban dos con pistola, una con cuatro balas y otra sin carga para veinte pasajeros y un chofer. El que sí llevaba balas se levantó antes de que *el Millán* pasara junto a su asiento y le disparó. Unas pocas monedas y algunos celulares azotaron en el suelo junto con el eco del disparo. El futbolista cayó. Ya en el suelo antes de que le cerraran los ojos, centró la vista en los pasajeros e imaginó que le aplaudían, cual aficionados, por su triunfante jugada.

X

La Jefa

El Bombón era corpulento, alto y güero, como un gorila albino. Le gustaba ir en su motoneta verde, no atracaba, se le hacía arriesgado. Le parecía mejor guardarse buenas ropas entre sus pantalones anchos y la chamarra guanga que no podía quitarse nunca aunque muriera de calor. Por sus manos blancas y desproporcionadas, habían circulado toda clase de artículos de lujo que ponía en venta a mitad del precio o menos de lo que costaban las piezas en el aparador.

El arte del robo a tiendas departamentales fue lo que aprendió desde chico, se había graduado con honores en este oficio. La madre y el hermano fueron sus maestros, le enseñaron a meterse a los probadores y extraer las alarmas de la ropa con un imán. Alguno de los dos le llevaba ropa en diferentes momentos, de modo que pasaban inadvertidos ante las cámaras y los trabajadores. Casi siempre era la madre la que actuaba como ricachona preocupada por llenar de ropa a su hijo. Después, bien acomodadas las piezas en el estómago o en las piernas, como una botarga de sí mismo, salía del lugar con toda naturalidad:

—Tú no te pongas nervioso, es la clave del negocio, aunque te detengan. Para eso estoy, no te preocupes que te saco de apuros.

De este modo la última vez que lo detuvieron en una tienda, apareció la madre como su incondicional abogada.

— ¡Así que usted le enseñó a robar! ¿No le avergüenza?— Enjuiciaron los oficiales de seguridad que, astutos y discretos, arreglaron todo para quedarse a solas con la mujer. La diferencia de edad entre los oficiales era evidente, al más joven se le notaba la traidora

timidez en su sonrisa, enmarcada en un entreabrir de labios. Casi en murmullos, preguntó su nombre a la madre del acusado.

—Rosa Castillo, señor— dijo respondiéndole al hombre mayor —y enseñé a mis hijos a fardear, que no es lo mismo que robar, aunque ustedes pueden pensar lo que quieran, me tiene sin cuidado. Ellos no van por las calles como vagos perdiendo el tiempo en robar a la gente que apenas y carga un chicharrón de celular, o sus pocos pesos que ganan rompiéndose el lomo. Ah no, ellos les quitan a los que tienen, dígame si no es como quitarle un pelo a un gato, es más, ¿a ustedes qué les quita, eh? Hablemos claro, ¿cuánto quieren?

Los hombres se quedaron pasmados ante la reacción de esa figura baja y bien conservada. Esto contribuía a que, junto con su forma de vestir, luciera un porte elegante, pues cualquiera pensaba que era de esas mujeres con una cartera suculenta, un marido adinerado y casa en una colonia de esas que muchos sólo conocían por la televisión, de una mansión de largos pasillos encerrados por habitaciones a ambos lados y amplios jardines, con altos árboles frutales. Rosa resolvía todo con dinero, para eso lo guardaba, para las emergencias, creía que todos los oficiales, como estos dos, siempre tenían un precio. Así que después de un rato de regatear la libertad de su hijo, *el Bombón* estuvo fuera.

Rosa se teñía el pelo de güero, decía que era para combinar con el tono de su piel, se ponía ropa que sólo las mujeres con alcance económico tenían. Entallada, colorida y combinada. Usaba tonos claros, como mis nichos de *Virgen de Guadalupe*, a los que ella también se encomendaba. Había acostumbrado a sus hijos a hacer lo mismo, parecía que yo, *la Guadalupeana* sí escuchaba sus encargos, pues el negocio era fructífero casi todo el tiempo.

En *La Ermita* les llamaban “La familia de los fardos”. Rosa, orgullosa, no se cansaba de referir como si se tratara de una madre presumiendo el diploma de su hijo, el que sus hermanos muertos, fueran quienes habían comenzado con el negocio en toda *La Unidad*.

XI

A un lado de la capilla verde pistache

El mudo, como le decían los vecinos, improvisó su casa con el espíritu de *La Ermita* y sus pobladores, pero a *La Unidad* la habían modificado muchas veces y él no hacía nada por enderezar la pared de madera que, colmada de desperdicios, comenzó a derrumbarse, parecía un costal roto de los lados por su pesada carga. Tenía una grieta más grande que la de la casa de la contra esquina. *El mudo* saturó su pequeño espacio y se fue extendiendo hasta la esquina, simulando su propio patio, en donde en lugar de árboles y plantas crecía la basura que recogía porque le parecía útil. Llegaba con las manos llenas de plásticos, cables, ropa, trastes y toda clase de desperdicios.

Si *el mudo* hubiera legalizado su domicilio, podría ser: la contra esquina del callejón *La Roqueta*, segunda sección, aún barrio de *Jamaica*, sin número a la vista. Como seña principal podría decirse: junto a una capilla color verde pistache. Yo, *la Guadalupeana* de ahí era su única compañía, a veces me quejaba con él sobre las peticiones que me parecían absurdas y desgastantes: “Es una vida de aletargamiento y destrucción la de esta gente”, le decía, como madre cabizbaja. *Al mudo* sólo se le veía asentir con la cabeza cubierta por un casco para electricistas color amarillo que tintineaba por el temblor de su cuerpo, lo había encontrado en un montón de basura después de un tianguis y desde entonces lo usaba todo el tiempo.

La esquina de *La Roqueta* era uno de los pasos más concurridos para los que no habitaban ahí. Se conectaba el tren con el centro de *La Unidad*, justo en el cuadrado que formaban las jaulas, que a veces se convertía en una cancha de fútbol. Los peatones solían preguntar por el Hospital del ISSSTE. Evitaban a los que veían fumando, bebiendo o moneando, cambiaban de rumbo y atravesaban por en medio de las jaulas. La mayoría de

los que iban por ahí se detenían boquiabiertos al ver que *el mudo* se asomaba de entre la basura, temblando por el frío ya impregnado en sus huesos. Les turbaba reconocer que no era sólo un montón de basura producido por los vecinos morosos, como tantos que se veían en las largas y chuecas calles de *La Unidad* que confluían adheridas como tentáculos salpicando basura por todos lados. Ésta era una casa, un techo sostenido por botes y palos, con una de las paredes de madera a punto de caerse, junto con los plásticos que intentaban infructuosamente cubrirla del viento y la lluvia.

Cuando veían que *el mudo* mostraba su rostro friolento y seco de entre los escombros, sentían compasión o miedo. A otros se les asomaba la repulsión por los ojos: “Será un loco”, pensaban los padres que cargaban en seguida a sus hijos. “Está desequilibrado”, decían sentenciosos. La mayoría de los vecinos se habían acostumbrado a la presencia del *mudo* y les era indiferente, unos ni lo miraban, otros cuchicheaban mientras lo juzgaban junto con su basurero. Sin embargo, los niños tenían tal empatía con él que les parecía un ser muy divertido, diferente a los demás adultos. Cuando los veía jugar fútbol les aplaudía todo el tiempo, como un aficionado apoya a su equipo favorito desde las tribunas. A los más pequeños que apenas comenzaban a caminar, se les quedaba mirando y los animaba juguetonamente para soltar sus primeros pasos, con ellos *el mudo* era niño... los padres, después de la segunda o tercera vez, comenzaban a tomarle confianza por la reacción que los niños tenían, era inofensivo y muy compatible con los pequeños, parecía que era el único adulto, casi viejo, que los comprendía. Lo cierto es que algunos ilusos trataban de imaginar cómo era su forma de vida con su casa rodeada y construida por basura a punto de derrumbarse.

Pero nadie, ni con la imaginación más libre, habría acertado. A diferencia de los adultos de *La Unidad* que se la pasaban en la calle, sentados hasta gastarse las banquetas

con las pachitas empinadas sobre sus bocas, *el mudo* no tomaba ni usaba drogas, quizá porque no le alcanzaba el dinero o porque ya había abusado durante su juventud y ahora se conformaba con vivir en una esquina, junto a mí, una divina *Virgen* que lo había escogido a él para confesarle mis penas. Yo le decía: “Todos vienen aquí a quejarse y a pedirme los milagros más ambiciosos de sus vidas, ¿creen que soy Dios? ¿Y yo a quién le pido por mí y el terror que lanzan sobre todo mi manto?” *El mudo* sonreía mostrando sus encías vacías. Yo, *la Guadalupeana* levantaba mi mirada para ver su sonrisa y así sentirme comprendida.

XII

Debajo de las noticias viejas

Un estallido de neumático lo despertó del sueño donde estaba comiendo. Imágenes succulentas abarcaban su mente. Se quedó pensando en los tacos con salsa de su sueño, mientras se sacudía inquieto como si se asfixiara, arrojó los periódicos revolviendo las noticias al extender sus manos. Disfrutó pasearse de un lado a otro por los indescifrables callejones de *La Unidad*. Él los conocía a la perfección, ubicaba cada uno de nuestros rostros de *Guadalupanas*, que aunque se sabe somos la misma réplica, él veía algo diferente en cada una de nosotras. Él se sentaba a observarnos durante largo rato, a unas nos veía molestas, a otras indiferentes.

Lo que más le gustaba era hurgar en la basura con olor a comida, eso le hacía recordar a su madre. El olor tan cotidiano de orines y humedad impregnados en su ropa, le era tan familiar que ya no lo percibía. Movi6 la cabeza. Ahora el único hedor que olfateaba era la grasa.

El eco de un televisor le pareció nuevo, tal vez sería la tele de un puesto reciente en alguna jaula o callej6n, pens6. Se destap6 la cara para rascarse el cuerpo con desesperaci6n. En el primer intento por levantarse, apenas y rod6 tres veces por el suelo. Pens6 en que cuando lleg6 a la calle le parecía m6s f6cil todo, hasta le gustaba escoger la basura y dormir en la amplia entrada de los puestos o de las casas. Era valiente. Se había escapado de los golpes borrachos de su padre, al que por poco mata cuando vio c6mo sacaba a su madre a rastras de la casa. El viejo lo tenía hart6, no era la primera vez. De no ser por el grito que le

pegó su madre, cuando lo tuvo en el suelo con cuchillo en mano, lo habría acribillado. Entonces lo soltó y se echó a correr.

Disfrutaba de caminar por los locales de comida y ver su imagen en los vidrios de los refrigeradores, teñido por la tinta de periódicos con viejas noticias, que calentaban el sereno de sus madrugadas. Su nariz pequeña tenía el talento de olfatear como un roedor. A distancia podía percibir el hedor de la grasa, polvo, pan rancio, sentía una necesidad incontenible de correr hacía el aceite quemado, se imaginaba pequeños trozos de frituras por todo el suelo. Sus dientes, como los de las ratas, tenían restos de desperdicios callejeros. Escogía la comida cuando recién aterrizaba en el suelo y esperaba a que los clientes panzones arrojaran lo que no se comían.

De vez en cuando pensaba en el día que conoció a los que se acercaban a mí, *la Virgen* para pasar sus momentos perdidos en los vicios de la esquina de *La Roqueta*, pensaba también en sus hermanos y su madre... No sabía si había exagerado. Aunque casi siempre se consolaba con pensar en que estaba mejor que antes. Se detuvo para reconocer a un hombre que se arrastraba mientras un perro lo olfateaba.

—Pobre ruco, este sí que se quedó en el viaje, no se puede ni mover de la borrachera.

— ¿Qué hay don Polo? ¿Ya buscó en la basura? ¿Hay algo bueno para desayunar o con la cruda ni se le antoja?

XIII

El Harapos

El Harapos, en contraste con los jóvenes de su generación, contaba con una familia mucho más estable. Su madre los había sacado adelante sin ningún problema desde que su padre murió a causa de una enfermedad.

Ella era enfermera en el hospital de la misma *Ermita*, en el ISSSTE. Allí ella había visto toda clase de brutalidades, lo que más le impresionaba eran los accidentes, robos o riñas. En una ocasión se le congeló la expresión del rostro cuando un hombre amenazó a unos camilleros para que atendieran antes que a los demás, a su hijo herido de bala por una pelea callejera. —No saben con quién se meten y lo que les pasará si no veo que lo atiendan a la voz de ya—. Gritó el canoso y delgado sujeto. Parecía más un asalto que una emergencia médica, por el arma y los gritos. Los camilleros y el resto de los pacientes que permanecían en su propia hipnosis de dolor, quedaron pasmados al ver la pistola y no hubo más que meter al joven para que fuera atendido. Ante estos casos, la mamá del *Harapos* siempre pensaba en él y en su hijo menor que de pura casualidad fueran pasando por alguna de esas peleas o asaltos y pudieran embarrarse.

El apodo de *el Harapos* nada tenía que ver con su forma de vestir pues cuidaba su imagen tanto como sus estudios, por lo menos hasta el tercer año había sido buen estudiante de secundaria. Usaba los zapatos lustrosos, el uniforme siempre limpio y planchado, luciendo sus rizos bien definidos, y una sonrisa de dientes alineados y blancos que provocaba sonrisas y coqueteos en más de una adolescente. Aunque se sentía gordo, no perdió momento en disfrutar de su popularidad, además era el favorito de la mayoría de los profesores, quienes lo consideraban una promesa por su buen desempeño y el hecho de frecuentar el cuadro de honor casi todos los bimestres.

El Harapos tomó vuelo de su fama y comenzó a mezclarse con sus compañeros más populares, que a su vez lo mezclaron con los que no estudiaban, pero que también tenían popularidad y vivían en la misma *Ermita*. Al principio no estaba mal, salía con diferentes jovencitas, las que él escogiera.

—Un poco de adrenalina—, nada grave, le decía a su hermano cuando le reprochaba su repentino cambio.

La mayoría de la banda de la K49 no estudiaba y se había mezclado con los que sí. A los que realmente no les interesaba la escuela, no les había costado trabajo adaptarse a la forma de vida de aquellos que se la pasaban dando vueltas por toda *La Unidad* en motocicletas. Al principio éstas fueron negocio para los que las alquilaban, cada motoneta iba con tres o cuatro a bordo. Se convirtió en el nuevo juguete preferido de los habitantes. Pero esas motos también tenían otras funciones, como vigilar a las víctimas de robo, o cuando los bicitaxistas se cansaban de pedalear las bicicletas con camarote trasero capaz de trasladar a dos o tres pasajeros a su destino, simplemente cambiaban la cabina de la bicicleta al de una motoneta, así los bicitaxis pasaban a ser mototaxis. Se puso tanto de moda que circulaban a la par de los autos.

El Harapos en moto y con pistola, junto con los demás adolescentes, otros niños, comenzó a robar por “diversión” con toda la banda. Esa banda que había nacido de unos cuantos y que según ellos querían tener un nombre con el cual ser identificados. Después de un tiempo *el Harapos* se sumergió tanto que dejó de llegar a casa y comenzó a meterse en problemas por los encargos de la banda.

Por una venganza cruel, a causa del traicionero amor, su mejor amigo le puso siete balazos en diferentes partes del cuerpo, pero se salvó ¿Para qué? se preguntaba su madre en las noches largas a las que el insomnio volvía caóticas. Cuando la madre vio que entraba un

joven molido por los balazos, recordó al padre del adolescente que amenazó a los camilleros. Enseguida se asomaban el rostro y los chinos de su *Harapos*.

La madre quiso apuntar una pistola a la Doctora, cuando ésta le dijo que su hijo probablemente no lograría salvarse, y si lo hacía, perdería la movilidad de todo su cuerpo. Pero no tenía un arma, así que sólo enmudeció y comenzó a jalarse los cabellos mientras que la Doctora pedía un calmante.

La mujer que había hecho todo para educar a sus hijos, estaba derrotada. Ya no sabía si era mejor que su hijo muriese para acabar con eso en lo que se había convertido. Pero la gracia a veces es grande, y quizá mi advocación de *La Guadalupana* que estaba en el centro del hospital hizo una elección equivocada, pues *el Harapos* se libró de esa. Aunque quedó inmóvil, con el tiempo logró mover las manos, eso sí, el rostro y sus rizos siguieron intactos.

Salió en su silla de ruedas desde donde no dejaba de sonreírles a las mujeres, para regentear a las nuevas generaciones desde su silla de ruedas.

XIV

El Rojo

Desde pequeño tuvo un entrenamiento militar en casa, su padre estaba obsesionado con las reglas de la milicia porque en algún momento fue militar, pero lo echaron y su vida se frustró como un gatillo atorado en plena balacera. El viejo tenía reglas específicas que intentaba hacer valer con su pequeño batallón: mujer, hijo e hija. A todos los levantaba muy temprano, cual militar novato, para el baño con agua fría. Con la única que a veces parecía sensible era con su hija menor. En cuanto a su mujer, la daba por inútil. Incluso cuando le recriminaba con golpes, olvidaba que era su esposa. La golpeaba como todo un militar colérico, llevando a cabo su función de pelea, hasta dejarla inmóvil una semana o más. Lo desesperaba tanto que perdía la conciencia de que estaba en combate con su mujer, no con un soldado. Ella había dejado de defenderse desde hacía mucho.

Pero *al Rojo*, a Damián, como le había puesto su padre en honor a su abuelo, era a quien realmente trataba como a un soldado. El único elemento capaz de soportar sus pruebas. Lo educaba para que llegara a general en algún momento de su vida.

El plan parecía simple: después de la secundaria iría al colegio militar, —para que te vuelvas hombrecito—. Cuando *el Rojo* era un niño y escuchaba tal amenaza, metía el cuello entre sus hombros y le venía un sentimiento de abandono que lo dejaba lleno de lágrimas silenciosas, reprimidas en el encierro. Ese llanto fue tan castigado y aplastado como casi todas sus emociones infantiles. Su mente las evitaba todo el tiempo, reemplazadas por frustración y coraje. Nació en él una necesidad de mostrar a los demás su ejercitada educación.

La familia del *Rojo* tenía su propia fama en la tercera sección de *La Ermita*. Llamaban Garibaldi a esa parte, quizá por el folclor en los habitantes, era tal vez la zona

más conflictiva de la unidad por estar cerca de Nezahualcóyotl. Incluso allí, temían a la familia militarizada, los consideraban agresivos y evitaban pasar cerca de su casa, por temor a los perros de pelea que se jalaban de la cadena para zafarse y atacar mientras miraban con odio a sus presas, ladraban con desesperación.

A su vez, Damián aplicaba sus artimañas a sus compañeros de la escuela, se burlaba de todos. *El Rojo*, como le empezaron a decir un tiempo después de la secundaria, era vanidoso y se la pasaba presumiendo sus ropas y zapatos de marca. Su cuerpo atlético era admirable para su tiempo adolescente. Más alto y fuerte que la mayoría de los varones, aprovechaba para sacar un poco de la violencia con la que su padre lo había educado. De este modo, cualquier momento era bueno para hacerles calzón chino o humillar a sus compañeros. Nadie lo soportaba, excepto una que otra jovencita que se emocionaba con su porte. Con ellas se moderaba un poco, aunque no dejaba de lado su ánimo violento, las empujaba o les apretaba las manos o el cuello. Había una adolescente, muy delgada y alta, de cabello negro y lacio, ligera como una pluma, que se veía muy impresionada con el joven, pues le sonreía y hacía todo por sentarse cerca de él, hasta que logró hacerse su amiga, la única que lo acompañaba siempre.

Pero ni siquiera la inocencia de cualquier jovencita pudo cambiar su rumbo, por el contrario, para quererlas, tenía que demostrar su entrenamiento militar resumido en golpes, gritos y maltratos psicológicos. Antes de concluir su tercer año de secundaria se hartó de su padre y huyó. Buscó refugio en donde iban muchos jóvenes en circunstancias parecidas o peores: la casa de *la María*, en la vecina cuarta sección de *La Ermita*.

La mujer regordeta, estatura baja, morena y cabello pintado de güero, vendía todo tipo de sustancias que hacían sentir en armonía a muchos de los habitantes de *La Unidad*, sin importar de qué sección fueran, siempre y cuando pagaran. Su casa también era

conocida porque alojaba a jóvenes con problemas familiares, como si se tratara de un albergue para víctimas de violencia intrafamiliar. En promoción les ofrecía:

—Si no estás a gusto con tus jefes, mándalos a la chingada y vente para acá, aquí sí sabemos lo que es ser una familia. Les brindaba techo, comida y uno que otro “dulce” de vez en cuando.

—Hay que ganárselo, para que me entiendan, no se les vaya a hacer vicio tampoco, ¿eh?

Advertía la mujer cada vez que se integraba algún desamparado. De este modo, la familia de *la María* se dedicaba a hacer entregas de marihuana, piedra o de atender el changarro desde casa.

Fue ahí donde Damián se pintó el cabello de rojo para mostrar que la furia estaba hasta en su cabello, así que su nueva familia le puso *el Rojo*. Su fama de golpeador tomó fuerza, luego ya no se conformó con atender el changarro y se unió a la banda de los K 49, que con él eran cincuenta. Muchos integrantes de la K vivían ahí también y lo recibieron con brazos abiertos, tenían un número especial para su bienvenida: un robo grande o una sorpresa para los desobedientes.

XV

Blanca

Trabajaba en una pipa de gas estacionario desde que tenía veinte años. En seguida la ascendieron como encargada y aprendió rápido de las “mañas” al suministrar gas, ese vapor indispensable para la estufa. Dependiendo de la facha del cliente era la jugada. Las señales las tenían claras también sus dos compañeros. De este modo, si a *Blanca* le parecía una casa grande y arreglada, la trampa consistía en distraer al comprador mientras que en el medidor se marcaba menos litros de los que les cobraban. La señal: extender su pulgar hacia arriba. Si se trataba de alguna mujer presumida u hombre fanfarrón, su castigo estaba señalado con una V entre sus dedos. De inmediato, el encargado de dejar pasar al gas de la pipa por la manguera, hacía que transitara sólo aire, “unos litritos nomás, para que se les quité lo habladores”, decía la mujer de los brazos tatuados.

Blanca recorría los pasillos de *La Ermita* a diario gracias a su labor de repartir gas. Ella era de donde había pocos altares para *Las Vírgenes de Guadalupe*. Vivía en la primera sección, a la orilla de la unidad, en donde probablemente los vecinos tenían menos fe en mí, *la Guadalupana*, o cargaban con menos remordimientos. Quizá había menos ladrones. Cuando la encargada de la pipa de gas tenía la oportunidad de contar su historia, empezaba siempre por sus nueve años de edad, justo cuando se había iniciado en la mona:

—Me la pasaba junto a la virgen que está a dos esquinas de mi casa, nomás con la mona, a veces había otras chamacas de las que mejor ni les cuento porque les fue remal a las pobres.

Su cabello corto y redondo le daba una forma ovalada a su rostro, era de estatura mediana y un poco corpulenta. Llevaba sus jeans siempre bien ajustados, usaba camisas y una gorra que daba sombra a su tatuaje de lágrima escurriendo por su ojo derecho; posado

en su rostro, estaba para siempre su llanto, eso generaba respeto. Al ver esa lágrima, casi todos sabían que se trataba de una guerrera que había combatido desde su celda por varios años. Le gustaba el color negro y odiaba el beige pues le recordaba a su hijo preso y cuando ella estuvo reclusa. Si veía a alguien vestido de ese color, le recriminaba siempre:

— ¿Qué, vienes saliendo de cana, o qué? Pinche recluso, quítate esos trapos porque te andan creyendo prófugo y te chingan ¿eh?

En sus pláticas nunca faltaba su hija, la enfermera. Después de que su interlocutor iba perdiendo el asombro de imaginarla de nueve años drogándose con activo, ella atacaba:

—Por eso estoy tan orgullosa de mi chamaca, viene y me saca a pasear, me lleva a comer, vive en un departamento bien bonito y grande. El maquillaje la hace ver elegante y no para de decirme que me arregle, pero le digo que yo ya estoy ruca para esas cosas.

Blanca se juntaba a beber de vez en cuando con los que seguían a un lado de mi advocación más cercana, cuando ella pasaba por ahí, en seguida se les oía vociferar invitaciones para que Blanca se acercará a tomar un trago o a fumarse alguna bacha. —No, carnales, hoy no puedo, tengo que chambear, si no ¿Qué trago?

En cambio, al recordar a su hijo *El Monqui*: — ¡Ni hablar, había seguido sus mismos pasos!— se lamentaba ya entrada en tragos.

—Pinche chamaco, desde chiquito se me escapaba, bien que le gustó la mona al cabrón. ¡No se crean, luego me entra la culpa, porque después de tenerlos, me valía! y seguía moneando enfrente de ellos.

XVI

Nota roja

Una noche sonaron tres balazos y un hombre cayó frente a mi puerta. Sobre el pavimento pegajoso había un recado escrito en una cartulina verde. Parecía una plegaria, pero no estaba dirigido a mi recinto ni a los santos. Sobre el cuerpo de aquél muerto, se leía: “*sino cambias a los chulos del recluzorio oriente abra otra muerte*”. Me impresionó el valor de los asesinos, todos temen cometer sus crímenes en frente de mis paredes blancas. Por el contrario, suelen lanzar súplicas, pero esos dos las mancharon con la sangre de ese hombre a quien recordé en algunas misas. En una de ellas, inclinaba su cabeza con los ojos empañados, pedía que salvara a su madre del mal que la estaba llevando a la muerte. Ese mal que él cimentara con tantos sustos y disgustos.

En contraste con las capillas coloridas de las otras *Guadalupanas*, mi techo octagonal era rojo y alto, él atestiguaba todos los pleitos de los alrededores, de esos a los que los habitantes de *La Ermita* estaban acostumbrados. Ese mensaje en el cuerpo de ese hombre ilustraba que no era resultado de una pelea callejera. Era un reto. Una imagen que sin duda pondría en la mira a la inagotable y espléndida fama de *La Ermita*.

Aunque como ese tipo de crímenes era muy sonado por el lado agrietado de la ciudad, la atención del público, acostumbrada y experta en notas amarillistas, casi insensible a los charcos de sangre y a los cuerpos morados con ojos abiertos relatando su siniestra muerte, conservaría la fotografía sólo por unos minutos, quizá por unas horas.

A una parte de los habitantes les preocupaba su “negocio”, les angustiaba el mensaje en la cartulina verde y especulaban sobre la procedencia, el fin y el atrevimiento con el que esos foráneos invadieran su territorio para matar a un ladrón insignificante.

Los más prudentes descansaron sus “ventas” por unos días. Estuvieron presos en sus triangulares techos que aseguraban los tapancos improvisados y hacían las casas un poco más grandes. A otros que pasaban mayor tiempo fuera de *La Unidad*, los no originarios, los que no pertenecían, pero su arduo e inesperado camino los había traído ahí, se ofuscaban, mientras observaban a los policías armados, caminando entre los laberínticos brazos de la Ermita cuyas manos albergaban los nichos de las otras *Vírgenes* que cuidaban de *La Ermita* y de sí mismas, acorraladas por todos los callejones como las prisioneras más temidas. Era la colonia delincuente más buscada, ancha y peligrosa.

Los perros, cautelosos, se protegían a la orilla de las banquetas, mientras las botas dejaban su peso en las huellas y los maullidos se oían más que el sobresalto de los habitantes.

XVII

La Laguna

Lo poco que restaba del lago de Texcoco era una pequeña *Laguna* casi seca, alimentada sólo por las lluvias que a destiempo por el turbio clima, caían casi tan inesperadas como el destino. Desde lo alto parecía un pequeño charco donde cualquiera podía brincar y salpicarse la ropa. “El pantano de *La Ermita*, con olor a perro muerto”, señalaban los que la conocían. Cuando se estancaba el agua de lluvia, las casas triangulares ponían su reflejo en ella. Era un reflejo en donde se podía descansar de pensamientos brutos. Un lugar que se coloreaba con los tapancos de las casas. Resplandecía *La Laguna*: amistosa y reconfortante, igual que *La Ermita* y sus nichos en atropellados momentos de quietud.

Cuando su fango se iba secando hasta cuartearse, el olor putrefacto por la basura, se apoderaba del olfato de los habitantes, que cerraban sus ventanas conteniendo la náusea.

A temprana hora de todos los miércoles, cuando se instalaba el tianguis, *La Unidad* y *La Laguna* comenzaban a escuchar las ofertas vociferadas en cantos, gritos y chiflidos: ¡Llévele, llévele! ¡Compren, gente, compren! ¡Ah cómo se vende lo robado! ¡Pase, gente, chéquele con su manita! ¡Las chicas guapas no pagan hoy! ¡Fiu, fiu!, con un humor y astucia en sus frases, que bien pudo haber envidiado el mejor publicista, oraciones tan efectivas al oído del consumidor.

Los comerciantes, cuyas lonas de diferentes colores exaltaban a la pequeña *Laguna*, también eran habitantes de *La Ermita* aunque fuera sólo por un día de cada semana, esperaban no encontrarla seca y pestilente, pues ellos no tenían ventanas que cerrar.

Sus puestos, diseñados para mostrar las mercancías, eran fierros que unidos formaban el esqueleto de un templete, lo cubrían con vestiduras plásticas de diversos colores y tamaños. *La Laguna* se rodeaba por los tenderetes que en conjunto la llenaban de

vida. La inmensidad de lonas coloridas hacía que luciera como una enorme botarga con traje a cuadros, flotándole las mangas por el aire. Enormes pedazos de mantas levantados. Los letreros, colocados estratégicamente, se balanceaban al ritmo del viento los precios, caprichosos y aferrados, llamaban a los clientes fijamente hasta atrapar su atención con su escándalo fluorescente.

Los comerciantes se lanzaban albures para sobrevivir a las riñas contra el menos ingenioso. La mayoría de esas frases, vulgares y transgresoras del buen uso del lenguaje, exasperaban a *La Laguna* al punto de sacudir sus escasos cabellos nacidos árboles: soplaban levantando a los locales de hule para mezclar su piel hecha polvo con las mercancías. La tierra se introducía en las bocas de los marchantes embobados ante la exaltación en los dueños de las lonas corrompidas por el aire de *La Laguna*, que sacudía los esqueléticos cuerpos de sus locales improvisados.

La época que más temían los vendedores era el tiempo de lluvias... caían inesperadas y estrepitosas, concentrándose, entre las lonas, grandes bolsas de agua que, al reventar, chorreaban sobre las cabezas de los compradores que furiosos culpaban a los vendedores angustiados ante el chorro de lluvia sobre sus productos. Ya después, a los comerciantes se les veía resignados a refugiarse del agua y tiritar a lado de sus mercancías.

Y como en la mayoría de los negocios de *La Unidad*, el tianguis no era una excepción para los tantos jóvenes que, siendo fieles a su fama, veían en el tianguis una forma fácil de pasear, ganar dinero y hacerse de cualquier objeto mal colocado o a punto de caerse. Se las ingeniaban para extorsionar, chantajear o amenazar a los comerciantes a los que aseguraban era una buena inversión en su seguridad.

Podría hacerse una clasificación breve de la astucia y habilidades de los jóvenes *depredadores*, los había de tres tipos: los que iban por todo, los que tomaban sólo lo que

necesitaban, y los que robaban para terminar en aprietos ante el castigo resentido de los comerciantes. La primera clasificación, ponía en severos apuros a los vendedores, pues no había forma de salvar nada, sólo una pasmada frustración frente a un arma. La segunda era una práctica común: el vendedor no percibía su pérdida al momento, y cuando lo hacía, se lamentaba en una exasperada autoflagelación por no reparar en el instante y los rostros precisos de los actores del acto de magia. La tercera era la más perjudicial para los ladrones: si los detenían, eran castigados por los golpes despiadados de los comerciantes resentidos por los robos anteriores.

Si acaso se condolían los agresores y no era el día en que debía morir el malhechor, éste salía a tumbos de las sombras reflejadas por las lonas de colores.

Muchas veces la pestilencia de *La Laguna* se veía aderezada por los orines de los comerciantes, que pensaban que frente a sí había un terreno demasiado grande como para “pagar por una miada”.

Para cuando todos los puestos desaparecían, quedaba *La Laguna* ebria y sonriéndoles a los perros.

XVIII

Dos de Abril

A las cuatro de la madrugada se les veía descargar cuerpos, algunos enteros, otros ya destazados: los metían en grandes hieleras, mientras un hilo de sangre caliente salpicaba las botas negras de los cargadores y las puertas de la camioneta picop de cabina blanca. El interior se había teñido de rojo por el tiempo de transportar la carne que iba a dar a la mesa de los comensales que degustaban los trozos de cerdo o de res.

Los carniceros eran los primeros en persignarse frente a mí, *la Guadalupeña* asignada al mercado *Dos de abril*, nombre que se le dio porque era la fecha en que se había terminado de construir. Los de las verdulerías secundaban a los carniceros, me prendían siempre una veladora para encargarme su local. Contrastaban los colores de verduras y frutas: limones, manzanas, plátanos, pepinos, cebollas, jitomates, como un cohete de colores lanzado al cielo, era un festín que maravillaba las pupilas de los consumidores.

El calor de la tortillería daba cobijo a mi manto que de vez en cuando, tiritaba ante el fresco amanecer. El nixtamal era vertido a las aspas del molino que trituraban hasta el último grano. Los moldes redondos perfeccionaban el corte en la masa para pasar por el horno y salir en círculos inflados y cocidos. Caían en el cesto para ser pesadas y despachadas en una servilleta.

Entre el eco provocado por el choque de los sonidos del mercado con su techo de lámina curvo, se escuchaba el aplanador y las tijeras destazando pollos que yacían sin cabeza ni cuello, sobre la blanca mesa, escurriéndoles aún la sangre.

El chirriar de la olla exprés terminaba por despabilarme, era mi alarma, la señal que me indicaba que el día había comenzado. La olla chillaba a tan temprana hora con sólo un

fin: complacer a los primeros comensales que llegaran a la cocina de *Doña Mary* en busca de un buen caldo de frijoles con cebolla, cilantro y chile verde picado.

A diferencia de la mayoría de mercados, en que los pasillos lucían vacíos por la llegada de establecimientos lujosos, caros y extranjeros, en *La Ermita* aún florecían sus mercados con pequeñas accesorias de paredes cuarteadas, negocios rotulados con grandes letras para anunciar la presencia de sus mercancías acomodadas meticulosamente.

Quizá los pasillos del *Dos de abril* aún no se quedaban vacíos gracias a mi imagen, que una *Guadalupana* de tamaño humano, posada justo en medio de todos los locales, siempre sonreía. Al arribo de los comerciantes, lo primero que se les veía hacer era saludarme. Sin embargo, a pesar de mi sonrisa y el entusiasmo de los locatarios, la crisis social y económica se reflejaba también ahí, en el mercado, y algunas cortinas se habían cerrado desilusionadas, quizá porque nunca confiaron realmente en mí.

Lo que en otro tiempo había sido la forma más eficaz de abastecer necesidades básicas para la vida cotidiana del ciudadano, ahora había sido reemplazada por grandes industrias aferradas al poder de manipular a los consumidores. Muchos habitantes de *La Ermita*, ensoñados entre lujosos aparadores y largas escaleras automáticas, se veían reflejados en grandes espejos. Otros sólo admiraban esos lujos en la televisión o en la radio, pero ninguno descuidaba las compras cotidianas en sus mercados, decían que ahí se encontraba lo más fresco y lo menos contaminado, por eso o por costumbre, la mayoría compraba ahí, o bien, estaban hipnotizados por mi sonrisa de tamaño natural.

XIX

Insensibilidad

El Hospital estaba igual o menos conmovido que *La Ermita*, pues en su sede se habían suscitado toda clase de tragedias al punto de que se volvió insensible. Como un paciente que se resigna ante su asegurada muerte, se hartó de las enfermedades contenidas en las gargantas de sus pasillos y decidió no preocuparse más. Dejó las emociones para mí dentro de mi nicho color pistache, y para los familiares de los enfermos.

Los médicos también desistieron de impresionarse ante las heridas y los dolores, podían suturar aún con el paciente retorciéndose como serpientes con sus dolencias sin que se les viera un gesto de compasión. Eso resultó práctico en el momento en que hubo que enfrentarse a la escasez de medicamentos: antibióticos, anestésicos, gasas, y mucho menos se hallaban camillas disponibles para contener a los pacientes sollozantes ante su malestar que se distraía de vez en cuando, cual infante, al observar el dolor de algún otro en peores circunstancias.

El hospital estaba ubicado justo en el centro de *La Unidad*. Como yo, su *Virgen*, al centro, rodeada por los consultorios que aspiraban dolor y exhalaban, la mayoría de las veces, alivio. Ambos, el hospital y yo éramos construcciones encargadas de curar las dolencias de los habitantes aunque paradójicamente casi nunca los pudiéramos sanar.

XX

Quique

Su chaleco de red fosforescente, contrastaba con el gris en las paredes del hospital. El joven se movía con el impulso de su bastón, arrastrando los pies al ritmo de su cadera, columpiándose para avanzar... extendía la mano con una franela roja que anunciaba un lugar de estacionamiento. Los familiares de los enfermos ante la alerta por la fama de *La Unidad*, buscaban estacionarse cerca del grisáceo nosocomio.

— ¿Una lavadita a su carro, jefe, un ojito?

Se le oía decir *Al Quique*. Algunos dada la seriedad del padecimiento que los aquejaba, sin verlo, negaban con su cabeza de lado a lado. El franelero acostumbrado a las caras dolorosas, daba vuelta, soplaba sobre su nariz y volvía a agitar su franela hasta que alguien de un pitazo, anunciaba su entrada.

El hombre con movimientos torpes, casi como los de su padre cuando bebía, pero ágil y persistente, cual animal feroz que cuida de su territorio, chiflaba y orientaba al que conducía, para estacionarse.

Cuando los automovilistas no lograban entrar en el espacio designado, las mejillas del *Quique*, se ponían rojas y soplaba más fuerte sobre su nariz, como si en ese aliento quisiera acomodar el vehículo.

El hospital estaba rodeado por trabajadores dentro de locales improvisados, que proveían alimentos y bebidas a los familiares de los pacientes. Los hombres y las mujeres que formaban parte de la base de *taxistas unidos*, se encargaban de sacar a salvo de la unidad a los foráneos, que ilusos pensaban en caminar a altas horas de la noche sobre las banquetas de los callejones. Ellos, en su posición de choferes seguros, aconsejaban utilizar

su transporte “para prevenir cualquier acontecimiento desagradable. Ya bastante tenían con sus males”.

Quique era el encargado de coleccionar para la misa de mi capilla que no medía más de un metro cuadrado, pero mis bendiciones, bien valían muchos metros de gente alabándome y celebrando mi aniversario. En ese recinto, me acompañaban otros santos, venidos de destinos llenos de súplicas sanadoras. Las luces de colores se reflejaban en los pequeños cuerpos de porcelana, como los disparos de un arma.

XXI

La rebelión de las aulas

Un día las escuelas de la unidad quedaron inactivas, pensaban en no servir más. El uso que se les daba y el que se les aproximaba, sólo empeoraba su actitud y su decadente construcción. Sin reparaciones y con fisuras por todos lados, se sentían desfallecer en cualquier momento. Habían visto pasar por sus cuartos, convertidos en salones, a todo tipo de seres: estudiantes, trabajadores, profesores y padres de familia, y de todos archivaban historias. Ellas, *las aulas*, como les llamaban, eran insaciables, coleccionaban experiencias humanas, como si fueran propias: eran estudiantes y maestras al mismo tiempo, pero les dolían las cuarteaduras en sus estructuras, a punto de caer por no ser atendidas.

Lo que *las aulas* pedían era una estructura firme, capaz de resistir a la diversidad de los pasantes. Sin embargo, ante sus actos de rebelión movían el asiento de los profesores o de los estudiantes para que, de un trancazo cayeran al piso, sus arranques impulsivos de frustrar todas las tareas que requerían electricidad, con sus apagones inesperados eran expresiones de su disgusto. También *las aulas* hacían que el discurso del director aburriera a los estudiantes, al darles consejos recurrentes sobre el buen comportamiento, nadie atendía sus peticiones.

Sin embargo, nunca vieron súplicas tan escuchadas como las de los padres de familia y de estudiantes hasta de cinco o seis años: profesores y trabajadores que un buen día bloquearon las calles principales para impedir el paso a cualquier automovilista.

Ellas pensaron que bien valía que los que iban en su carro, con la cara enrojecida, salpicaran el volante de fieras agresiones, sobre los causantes de tal atrevimiento, pues perdían su hora de trabajo. No pudieron explicarles que un día perdido de trabajo podría ser la salvación de la estructura de las escuelas de *La Ermita...* o al menos era lo que ellas

esperaban, pero sólo pudieron permanecer inmóviles. Aunque en las pancartas de los niños se leía: *“maestro escucha, tu alumno está en lucha”*. En las pintas: *“Los padres de familia de las escuelas en la Unidad Ermita Zaragoza, pedimos la abrogación de la reforma educativa ¡maestros no los queremos en los salones, los queremos en la lucha!”*. Los angustiados padres exigían.

Una mujer, hijo en mano y cartel en la otra, se posaba erguida junto a los policías enviados ahí por temor de las autoridades ante las reacciones de los habitantes. Los granaderos lo único que hacían era resguardarse entre sus escudos, mientras escondían su cabeza y mostraban sus toletes. La mujer y su hijo tenían el rostro manchado por pintura roja, simulando manchas de sangre y moretones. Salpicada también estaba sobre todo su cuerpo blanco, la leyenda que levantaba, casi en la cara de los policías: *“Tú, soldado mexicano, policía federal, juraron defender a la patria y no a políticos ladrones, levanten la cara cobardes”*.

El contingente de profesores, estaba cubierto por una manta enorme: *“No somos delincuentes, somos maestros, luchando por la educación para tus hijos, repriman a los narcos, a los ladrones y a los políticos tranzas”*.

Ese día, *La Unidad* experimentó una sensación diferente a toda su existencia. Despertó de su enorme letargo y su grupo de casas junto con los coloridos nichos, formaron una sonrisa que se distinguía a lo alto. Hasta la laguna siempre seca, verdecía formándole un cabello sano.

Las escuelas siguieron cuarteadas, pero orgullosas hasta de sus grietas.

XXII

Cartolandia

La Güera tenía un puesto fuera de las diminutas construcciones, que hasta hacía poco, estaban hechas de cartón y fueron mejoradas con el paso de los años, reemplazando el cartón por ladrillos, y el techo por láminas. Los transeúntes boquiabiertos, preguntaban cómo era posible vivir en esas casas de no más de dos metros cuadrados.

Era un grupo de viviendas, mucho más improvisadas que *La Ermita*, apenas un grupo de cartones de paracaidistas que habitaron el vientre de *La Unidad* por falta de espacio para vivir. *La Ermita* era una matrioska en todos sus desenvolvimientos. En esta capa los habitantes se habían adaptado a su vida cuadrada. *La Güera* habitaba uno de esos cubos, junto con sus dos hijos y madre. Su puesto se había vuelto fijo, pues se cansó de que le fueran a tocar la puerta a la hora en que ya no podían más con su ansiedad y advirtió a sus clientes que los precios de noche aumentarían.

Entre la madre y su hijo mayor, se encargaban de armar los metales y la lona roja, justo del lado derecho, a la salida de los pasillos que conformaban sus casas. Colgaban de forma que todos pudieran toparse con sus productos. Pero ella se encargaba de *negociar* las golosinas y los cigarros de piedra, dentro de las que ella llamaba “*tortas con chile*” o “*chicharrones con salsa*”, *la Güera* era desde luego esbelta y alta como una jirafa y casi siempre de malas, con ella todos *se cuadraban*. Eso se repetía en todos los pasillos de *Cartolandia*.

La competencia también había aprendido a reservarse sus reclamos de envidia porque según ellos, *la Güera*, ocupaba el mejor lugar de la avenida, y por más que tuvieran mejores productos, ella no dejaba de tener el lugar número uno en ventas.

Mi nicho (que más bien parecía una de las mismas casas de *Cartolandía*, como se le conocía a esa zona de *La Ermita*), estaba adornado con papel, ahí siempre parecía Navidad. La serie de luces se reflejaba en mi rostro de yeso. A mi lado permanecía en contrapunto una imagen más alta: *La Santa Muerte*. Ese nicho, era uno de los más poderosos de todas las esquinas en *La Ermita*, pues resguardaba su gracia del resto de la gente.

A veces, yo deslumbrada ante el poder que adquiriría ese esqueleto de resina con cráneo luminoso y largo manto negro, veía un cuerpo real en lugar de huesos, me parecía que se rellenaba ese manto negro. *La Santa Muerte* parada a mi costado izquierdo como sombra, tenía movimiento, sus huesos cual de humano, crujían, como si fueran a cuartearse junto con las paredes de *La Unidad*.

Los fieles mantenían embriagada a mi comadre huesuda, entre ofrendas de alcohol y cigarrillos. Yo empecé por envidiar esos votos y terminé por achisparme y absorber los olores y esencias de mi vecina. En mi rostro se advirtió la transformación del gesto afligido al de un dulce sopor. Se me dibujaba una sonrisa y chapas de color rosa. Los ojos parecían estar más cerrados de lo común. *La Santa Muerte* me tenía seducida con tanto poder así que al poco tiempo me volví su aliada. Entre las dos manteníamos en alto la fe de nuestros creyentes, por lo menos eso era lo que los vapores etílicos me hacían pensar.

La Güera siempre me fue fiel, me atribuía su buena fortuna en el negocio, por si las dudas, todos los días dejaba un preparado de marihuana con piedra a la huesuda y una veladora para mí, finalmente las dos éramos imágenes con luz artificial para sus ventas.

XXIII

El Chaparro

Aún no esclarecía la áspera mañana cuando abrí los ojos, a la hora en que los perros seguían ebrios y ladraban con una intensidad diferente, entonces vi *al Chaparro* escondido debajo de un auto, parecía que se caía de ebrio, pero al siguiente segundo ya había desaparecido. Las luces que adornaban mi nicho, se reflejaron justo en mi rostro, así que de momento no logré percibir a dónde se había metido.

Silvana salió de su casa minutos después, iba tras del *Chaparro*, que durante años fue su amante, mientras su “marido”, padre de sus dos hijos, permanecía encerrado tras paredes grises del reclusorio, justo como esa mañana.

El Chaparro, apareció en fuga, iba limpiando su navaja. Y como si fuera un experto, tenía pocas manchas de sangre en la camisa. Pasó frente a mí, persignándose aprisa:

—¡Ai te encargo, madrecita!— mientras besaba la señal de la cruz con esa boca a la que le faltaban los dientes frontales.

Silvana era corpulenta y también chimuela, exponía sus encías tras dar gritos blasfemos, con lágrimas aterrorizadas. Su hijo mayor detrás de ella gemía sin llanto, tenía el rostro pálido, cubierto por el espanto, como quién se queda con la impresión de una película de terror y camina esperando el momento de un ataque o una aparición pavorosa.

Para cuando se supo en *La Unidad* de la tragedia de Silvana y llegaron las autoridades pertinentes, *el Chaparro* ya tenía boleto de autobús con el primer destino que encontró. Silvana, inconsolable, explicaba y repetía la historia de cómo su anterior amante se atrevió a asesinar a su nuevo “novio”, ese joven que perdido entre el tumulto vino a parar

a sus brazos, luego de un buen baile, él había quedado impresionado, “y ciego”, murmuraban otros.

—Casi lo destaza, vecina, venía con una furia del tamaño del infierno, entró por la grande, traía llave, mensa de mí que no se las pedí cuando lo corrí, parecía que me hubiera estado espionando, pues al regreso del baño, *el Chaparro* ya había acuchillado muchas veces a mi Humberto.

Silvana de cara afilada, entorpecida por manchas negras y algunas cicatrices, se sonaba la nariz una y otra vez, mientras mantenía, como nunca en su vida, la atención de la gente que la rodeaba:

—Lo encontré con las manos arriba, llenas de sangre, dispuesto a aventarse encima de mí, como a él le gustaba estar, pero con sangre y una navaja, lleno de coraje, de no ser porque entró mi hijo, me mata, vecina, me mata, no se crea, se fue diciendo que venía por mí.

Silvana estaba incontrolable, era interrogada por los oficiales que parecían más asustados que ella ante la impresión del cuerpo tirado en la cama, con la sangre escurriéndole mientras una mosca flotaba en la parte expuesta. Silvana se enojó cuando las autoridades le preguntaron su sexo:

—¿Qué, no se me nota? ¡Ah qué preguntita, a ver si saben leer o les enseño!

Al Chaparro se le hizo fácil. Se repetía para darse valor:

—Si maté a mi mejor amigo, que no me chingue a este cabrón—. Ese había sido su primer asesinato. Lo que casi nunca contaba era el motivo de su crimen porque le dolía peor que una herida sangrando. Sólo a veces cuando bebía y no con cualquiera, entre llanto confesaba:

—El maldito violó a mi hija ¿Qué esperaban, que nomás lo viera? Tenía que matarlo.

Iba a paso largo a esa hora y en domingo, sólo andaban en la calle los que seguían tomando o habían sido vencidos por el piso y uno que otro despistado. Aunque su zancada corta no le ayudara mucho, *el Chaparro* logró salir de *La Ermita* sin persecuciones ni escándalos, más que el de Silvana. Mientras que los que pasaron a su lado, pensaron que: seguro estaba borracho.

A ver ahora quién lo protege.

XXIV

El ciclón

La espera tenía aletargada a *la Laguna*. Años y años para que su superficie fangosa volviera a su estado original. Había valido la pena resistir las cuarteaduras de su cuerpo transformado muchas veces en aire. Bastaron unas horas para que *la Laguna* saciara su sed y su hambre de venganza. Todos a su alrededor vieron que formaba una nube con su propia tierra. Se veía el resplandor del calor en su cuerpo evaporando los charcos calientes. Se hizo una con el aire seco y furioso, formando una espiral. El aire tomaba vida, invocado por *la Laguna*, ambos ansiosos de lluvia, atrajeron al ciclón más destructor. Llegó en forma de un ojo enorme y rojo, vino azotándolo todo, dispuesto a hacer de las suyas a como diera lugar.

Mientras que el color de las lonas se escurría junto con la tormenta y la basura iba con el viento, *la Laguna* lanzaba carcajadas en forma de truenos, que relampagueaban en las almas de los habitantes y sus grietas. Se sacudía el agua de los pocos árboles que quedaban, empapando las cabezas y los pies de aquellos a los que, resentida, había visto crecer junto con *La Unidad* y sus casas sobre aquel extinto lago de Texcoco, que se fue convirtiendo en una fractura terrestre. Empezó a mover los bloques de las casas, hasta deformarlas, para después engullirlas una por una. En cuanto el Lago se percató del plan de *la Laguna*, se alió de inmediato con el viento y la lluvia para recuperar su territorio.

Suficientes primeras planas de periódicos amarillistas habían emanado de este lugar, corrompiendo el morbo de mentes acostumbradas a tales imágenes. Incluso ahora se ven unos ojos que hurgan entre estas líneas de realidad, como un experimento de laboratorio: meten el bisturí y desgajan minuciosamente la vida de los habitantes y su particular modo de vivir. A los chicos y grandes que se echaron a perder y a los que no, con sus virtudes

entre telarañas de vicios, sus robos y sus muertes en “*La Ermita, donde se baila, se mata, se goza y se fuma de la más sabrosa*”.

La capacidad que guardaba *la Laguna* entre sus paredes era incalculable, pero esa tarde de ciclón, ella lucía feliz y expandía sus aguas por toda la Unidad, ahogando a todos los que ahí se encontraban. Cercó a *La Ermita* con miles de metros cúbicos de agua en cuestión de minutos, en poco tiempo, apenas y se veían los techos y las ventanas de los tapancos. Los habitantes tomados por la más desagradable sorpresa quedaron encerrados entre borbotones de agua, que brotaba de las alcantarillas.

Los autos que intentaban huir no encontraron nunca una salida, quedaron abandonados, descompuestos y flotando en medio del empoderamiento de *la Laguna*. Una venganza, eso fue. Sin embargo, entre el ajetreo por huir, la intención de *la Laguna* sólo fue percibida por nosotras, en nuestros nichos, que fueron hundiéndose hasta formar parte de lo que un día sólo fue la sombra de un charco vacío.

Jamás se vio caos parecido en *La Ermita*, fracturada en todas sus paredes y pasillos, era un acontecimiento sobrehumano. A los seres que habitaban esas paredes los rebasó la desesperación que acarrea la cínica sobrevivencia. Otros resignados ya, sólo observaban cómo la noche y *la Laguna* se los iba llevando, uno por uno, junto con los tabiques que al fin, descansaban de su tormentosa carga.

Casi todos los habitantes se quedaron atrapados ese día para hundirse junto con sus casas y sus calles. Imploraron piedad con oraciones a lo más poderoso: nosotras, *Las Vírgenes*. Pedían ser salvados, junto con sus familiares. Ofrendaban promesas imposibles, tanto como salvar sus vidas mismas. Pero ni *Las Vírgenes* pudimos salvarnos, fuimos las primeras en resignarnos ante dicho fenómeno, era un mensaje tan claro como esas grandes gotas de lluvia.

Para la mañana después de la tormenta, *la Laguna* renovada, recuperó junto con el lago de Texcoco, su hogar. Lucía verde, con unos lirios en forma de bucles y de pequeños retoños morados que la hacían parecer un lago admirable, al que todos querrían visitar y pasar un día de campo, instalados en la mejor vista del lugar.

Ella se sentía orgullosa porque al fin se cumplía su más anhelado sueño: lucir radiante y expandir su territorio para que todo volviera a estar vivo sin basura, ni paredes, ni gente ensuciando y destruyéndolo todo.

Aquél día, esa parte de la ciudad se borraba del mapa por el ciclón, como un milagro, como una catástrofe, como un acontecimiento de esos que pasan en la humanidad y es olvidado en seguida.

Esos ojos lectores que han atestiguado estas crónicas, lucen insatisfechos, quizá sus oídos resultaron ofendidos ante crueles páginas de realidad construida por nuestros recuerdos, quizá se preguntarán por nosotras...

—Acá seguiremos desde el fondo del lago, esperando a reunirnos con el resto de los nichos que alumbran la ciudad, también construida sobre un lago.

POÉTICA

INFLUENCIA DEL GROTESCO EN *CRÓNICAS*

DESDE LOS NICHOS

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se van a analizar algunos elementos que influyeron en la escritura de la recopilación de cuentos: *Crónicas desde los nichos*. Se pondrá énfasis en la figura del grotesco-carnavalesco; se mencionará su significado, origen y las transformaciones que ha sufrido desde su inicio: como un ritual y forma de vida de la Época Antigua, hasta la Edad Moderna, desde la perspectiva de los críticos literarios: Helena Beristáin y el ruso Mijaíl Bajtín. Se mostrará la vigencia de esta figura a través del uso que le dan autores más recientes, como el duranguense José Revueltas, autor que plasma la realidad socio-histórica de su momento en su obra literaria, e inevitablemente hace uso del grotesco. Lo anterior, para señalar la influencia que hay del grotesco, en *Crónicas desde los nichos*. De lo que queda de esta figura y del carnaval en la posmodernidad, en pleno colapso de la modernidad.

En el capítulo uno: “ERMITA”, se expone un breve contexto sobre el lugar en el que están basados y ubicados todos los relatos: La Unidad Ermita Zaragoza. Hay una breve explicación de las condiciones geológicas y el deterioro en el que se encuentra el lugar habitacional, para efectos de mostrar lo que hay de realidad en los textos de *Crónicas desde los nichos*. Y con el fin de explicar el por qué de las narradoras, aparece la definición de **Ermita**, para mostrar que en efecto la Unidad misma es un gran santuario, albergada por Vírgenes, que fueron elegidas como testigos, como narradoras intradieгéticas, cada una con diferente mirada.

En el segundo capítulo “EL GROTESCO Y SUS TRANSFORMACIONES”: se encuentra la definición de lo Carnavalesco y el Grotesco, según la dilucidación de la mexicana Helena Beristáin y el ruso Mijaíl Bajtín. La primera en su *Diccionario de*

retórica y poética y el segundo, en su trabajo concienzudo sobre la influencia del grotesco en la obra de Rabelais. Éste último hace un recorrido por el transcurso de la historia humana desde la Edad Antigua, la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración, hasta llegar a la llamada era “moderna” en donde el grotesco deja de ser tomado en cuenta, por considerarse todo lo contrario a las ideas “modernas” en donde se pretende la perfección por medio de lo material y la acumulación de bienes, contraste con el grotesco, en donde se toma en cuenta a lo popular y sus características.

En el tercer capítulo: “ALGUNAS COMPILACIONES DE AUTORES DEL SIGLO XX QUE TRASLUCEN EL CONTEXTO SOCIAL QUE LES TOCÓ VIVIR”, se hace referencia a Felisberto Hernández, Jesús Gardea, Raymond Carver, James Joyce y por último José Revueltas, pues tienen en común libros con la reunión de sus cuentos. En su lectura se sorprende girando a los textos sobre un mismo eje conductor, ya sea por el tema, por los elementos repetitivos o por los textos que no tienen nada que ver entre sí, pero dan un efecto de continuidad, como si se tratara de la historia anterior. Esto para ejemplificar la forma en que las historias tejen una unidad.

Hay un enfoque más detallado en cuanto a la obra de José Revueltas, por su apego con la realidad y la influencia del grotesco en su obra realista. Así mismo *Crónicas desde los nichos* se dirige a mostrar un panorama igualmente realista. El duranguense le llama a esta forma de narrar la realidad como: “el lado moridor”. Al respecto Evodio Escalante estudia esta característica en su obra *José Revueltas Una literatura del “lado moridor”*. De la que se tomará opinión para esclarecer la intención del trabajo del escritor duranguense.

Y por último se hablará sobre la propuesta que se presenta en *Crónicas desde los nichos*, en donde se reúnen veinticuatro textos que giran sobre un mismo ambiente socio-

económico. Además se intenta encontrar el “lado moridor” en los relatos presentados, con el fin de captar la instrucción del genio de José Revueltas, para que lo que se dice de real, tenga su toque literario y no quede en una realidad malinterpretada.

I

ERMITA

Crónicas desde los nichos reúne una serie de relatos sobre personajes y situaciones marginales, narrados desde la voz de La Guadalupana misma, que cobra vida con narradoras en primera persona en algunos relatos y en tercera en otros. La Virgen funge como la conciencia de la obra.

Se trabajó con la perspectiva del grotesco en la cotidianidad de los protagonistas, a través de sus acciones y descripciones. Todos los personajes son máscaras grotescas, danzando dentro de un mismo espacio: *La Ermita*, (Unidad Habitacional Ermita Zaragoza) con la intención de que ésta se convierta en la protagonista principal, por eso es que se describe con mayor cuidado. En ese espacio giran las historias.

Según el diccionario de la Real Academia Española, **Ermita**, significa: capilla o santuario, casi siempre pequeños, situados por lo común en lo despoblado y no tienen culto permanente. Lo que más me llamó la atención de la Unidad Habitacional Ermita Zaragoza, además de la marginalidad en que se vive, son las capillas que hay por todos sus rincones. Estos altares a la Virgen de Guadalupe, parecen dar vida al nombre de la Unidad: una Ermita. Es por ello que me pareció que esa advocación tan mexicana de la Virgen María, era la adecuada para narrar las historias, como testigo único en todos los lugares de la unidad, quién mejor que ella para contar desde su perspectiva, sobre este espacio y algunos de los personajes que la habitan.

La Guadalupana forma parte de la identidad y de la fe de los mexicanos, la adoración que se le demuestra es incomparable con cualquier otra imagen. En Diciembre, a

partir del día ocho, se llena la avenida Zaragoza de peregrinos que para solicitarle favores o en *manda* ante los milagros concedidos por la Virgen, van con su imagen a la espalda para llegar a la Basílica; su casa, su iglesia, mientras que los creyentes de la Unidad salen a repartirles comida.

Como se dijo antes, esta devoción no se queda atrás en la Unidad Ermita, con los nichos adornados por todos lados, con Vírgenes de diferentes tamaños, pero presentes siempre para sus fieles, que le piden que los proteja en sus robos, sus muertes y sus apegos.

La Unidad Habitacional Ermita Zaragoza se inaugura en 1974. Cuenta con cuarenta y dos años de vida y parece una anciana a punto de venirse abajo. Pues está construida en un espacio que le correspondía a los límites del lago de Texcoco, además de que los alrededores de Iztapalapa eran la parte agrícola de la ciudad, hay otros factores que se suman a su hundimiento y deformación. Según un estudio realizado por la Doctora en Ingeniería Geológica, Dora Celia Carreón, también influye el hueco que se ha originado por la extracción de las aguas de este lugar, aunque irónicamente los vecinos padezcan por falta de agua. Otra característica es que se trata de un lugar cercano a los volcanes de Santa Catarina y el de peñón del Márquez, por lo que el suelo ha sufrido otras deformaciones geológicas.¹

Por lo tanto, la Unidad y muchas otras Unidades Habitacionales de alrededor se construyeron sobre este territorio húmedo y fangoso; y para cuando terminó de secarse la tierra, ésta comenzó a erosionarse y las construcciones con sus calles empezaron a hundirse.

¹ Carreón Freyre, Dora Celia. *Identificación y caracterización de los diferentes tipos de fracturas que afectan*

Según un reportaje de La Crónica.com.mx², la Unidad Ermita Zaragoza está asentada sobre 190 grietas y dos fallas geológicas importantes, con una distancia de catorce kilómetros, que abarca desde Santa Cruz Meyehualco hasta los alrededores de la Unidad Ermita. Por lo anterior, las casas que albergan alrededor de 14 mil familias, tienen fisuras en su mayoría, algunas a punto de caerse, otras hundidas ya. En las calles se ven importantes estragos debidos a este fenómeno, con frecuencia surgen nuevos hoyos o grietas; la tierra parece tragarse el pavimento y dejar un hueco.

Además, la Unidad, situada a la orilla oriente de la ciudad, está alejada de las ventajas de algunas colonias; sufre por constante desabasto de agua y luz. En el ámbito social, ésta es una zona señalada como roja, es decir, una de las más peligrosas de la ciudad. Aquí se han criado y albergado diversos personajes famosos por sus actividades ilícitas. La delincuencia y venta de drogas es mucho más común que en otros lugares, quizá por su gran tamaño y las mismas circunstancias de este país en decadencia.

Por otro lado, sobre la primera parte del título de la recopilación de las *Crónicas desde los nichos* y de la intención de llamarles así, además de lo ya explicado sobre los nichos, es necesario referir sobre el género literario de la **crónica**, para ubicar lo que hay de ella en este trabajo. Al respecto los expertos: Vicente Leñero y Carlos Marín enuncian en su *Manual de periodismo*, el concepto de **crónica**:

“Es la exposición, la narración de un acontecimiento, en el orden en que fue desarrollándose. Se caracteriza por transmitir, además de información. Las impresiones del

² René Cruz González. “A punto del desplome la Unidad Ermita Zaragoza”, de La Crónica.com.mx Sitio web: <http://www.cronica.com.mx/notas/2007/295747.html>, 27/4/2007, consultado 30/10/2016.

cronista. Más que retratar la realidad este género se emplea para recrear la atmósfera en que se produce un determinado suceso”.³

Creo apropiada esta acotación, pues se explica la intención que tienen los textos al narrar más allá de la realidad, sin embargo, se ocupan en describir la atmósfera en que se desarrollan los hechos y las acciones de los diferentes personajes, para crear entre todos, una misma unidad.

En el *Manual de periodismo*, los autores refieren tres tipos de **crónica**: la primera es *la informativa*: que proporciona información sin juicios, aquí el periodista dice tal cual sucedieron los acontecimientos sin dar sentencias personales al respecto. La segunda es *la crónica es la opinativa*, en la que el escritor narra los hechos y da su punto de vista al mismo tiempo, se da el ejemplo de las narradoras de fútbol. Y por último, está *la crónica interpelativa* que es en donde se encuentra información primordial, aunque está va acompañada del punto de vista del narrador. Éste concepto concluye en que “La Crónica se ocupa del cómo suceden los hechos y, en el caso de la interpretativa, también del por qué”.

Por lo anterior, se observa en los textos de *Crónicas desde los nichos*, una narración de los acontecimientos junto con la interpretación de las narradoras desde su punto de vista y su contexto como imágenes que son adoradas por seres en decadencia. Las Vírgenes son las cronistas desde sus nichos, dicen de los hechos que les impactaron del lugar que habitaron: la Unidad Ermita.

¿Por qué dedicar mis textos a este lugar? Porque mi vida se ha colmado de emociones en el tiempo vivido en la Unidad, llevo aproximadamente cinco años allí y mis

³ Leñero Vicente, Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México: tratados y manuales Grijalbo. 1986.

ojos no dejan de asombrarse y aterrorizarse por lo que ven. Es una zona que no puede pasar inadvertida. Sé bien que mis escritos se quedan muy cortos y son escasos en la información respecto a lo que la Unidad realmente es. Traté de plasmar lo que tengo más cercano y lo que he experimentado de cerca, para evitar caer en falsedades. Sin embargo, es una situación que me rebasó por mucho; describir los robos de los que he sido víctima y los de las personas cercanas, o relatar un nuevo asesinato, fue un proceso complicado, porque las experiencias están llenas de dolor y frustración. En algunos cuentos no pude evitar el llanto mientras los escribía. Son historias que, dadas las circunstancias, más parecían una acusación, una nota amarillista o un texto catártico; por tanto, los más dolorosos llevaron su tiempo de enfriamiento. Después con ayuda de algunos elementos literarios, se convirtieron en duelos superados, en relatos creativos, un poco alejados ya de mis emociones primarias. Aunque todos fueron escritos con la intención de causar conmoción, quizá a través de la esencia del sentimiento que experimenté al vivirlos, escucharlos o leerlos. Busco sacudir brevemente la conciencia del lector.

Si bien, todos los personajes que menciono en cada uno de los cuentos son reales, incluso los seres fantásticos que cobran vida como: la Virgen de Guadalupe, La Laguna y La Unidad, estas narraciones fueron escritas con respeto, sin la intención de herir la susceptibilidad de ningún habitante de los que hablo. Al respecto podré decir que son nombres y situaciones reales, procesadas por mi imaginación, con el fin de que, algo que me perturba tanto, no quedara sólo en mi memoria o en mis impresiones. Son cuentos escritos como una especie de homenaje y para compartir la situación en que se encuentran la Unidad Ermita Zaragoza y algunos de sus habitantes.

II

EI GROTESCO Y SUS TRANSFORMACIONES

Lo Carnavalesco y grotesco ¿Qué es, qué características tiene?

El diccionario de Retórica, enuncia *el grotesco* como una fuga de las normas impuestas por los clérigos; es la forma en que la sociedad se burla de las directrices eclesiásticas y de la aristocracia, al menos así está registrado en diferentes momentos de la historia humana, como en la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración. *El grotesco* es un elemento que caracteriza al carnaval: esa fiesta de máscaras extravagantes que amenizan la danza del pueblo, convertido en bufón de sí mismo. Un factor importante, según Helena Beristaín, es la “degradación” en donde lo sublime encarna en el característico humor humano, en risa y pláticas vulgares, consideradas “degradantes, pedestres, vulgares, de baja estofa”. También dice de la imagen grotesca de la deteriorada condición de la vida que va de extremo a extremo: por un lado la vida, por el otro la muerte, ambos caminan juntos “sin dejar desechos ni cadáver”.⁴

Helena Beristaín detalla en su *Diccionario de retórica y poética*, en el apartado del grotesco, su historia a través del tiempo, desde la Antigüedad y la Edad Media, hasta culminar con la llegada del Cristianismo. El carnaval cuenta con algunas características específicas como lo es el grotesco que se presenta en las máscaras, en los disfraces y que trae consigo la risa, como acción renovadora, curativa. Sin embargo, esa risa se va transformando en las diferentes etapas y para la llegada del Cristianismo, se ve sometida y castigada, por irrumpir y revelarse contra las normas y las autoridades.

⁴ Tomado de Helena Beristaín, *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa. México 2004. paginas*** 242-251

Por otra parte, Mijaíl Bajtín da una extensa explicación del carnaval y el grotesco, por medio del estudio de la obra de François Rabelais en: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. En este escrito define al carnaval como una forma de liberarse de las normas jerárquicas y católicas, como un signo renovador, y también de concluir un ciclo e iniciar otro. Él considera que la característica principal de la obra de Rabelais es que trate con el origen popular, con los diálogos y su forma de vivir; que siempre resultan vulgares, escandalosos y rompen con los estereotipos y reglas establecidas por la estética social de perfección, incluso en el buen uso del lenguaje. Lo que empezó, dice Bajtín, como una festividad, un juego, como un día en que todos son iguales y las jerarquías no existían, fue sufriendo un cambio, una metamorfosis a través del tiempo, hasta quedar abolido.

Mijaíl Bajtín hace un recorrido histórico de la transformación que el carnaval padeció, desde su inicio en la Antigüedad donde era el más festivo y frondoso, hasta su paso por la Edad Media y por la Ilustración, en donde el poder se vuelve absoluto y se prohíben toda clase de escenas ridículas o fuera de razón. Presenta a Rabelais como uno de los autores que hacen uso del carnaval y del grotesco para escenificar su obra.

El carnaval utiliza máscaras que hacen grotesca la festividad, en ésta se presentan las contradicciones de la vida; los polos opuestos: por un lado la muerte, por otro el nacimiento, ambos unidos por una universalidad. Bajtín hace énfasis en las partes del cuerpo que degradan al ser humano, específicamente se refiere a la parte baja del cuerpo: “al vientre, a los orificios: a la nariz, los oídos, la boca, las partes genitales” y a acciones

como “el coito, el embarazo, el alumbramiento, la agonía, la comida, la bebida, y la satisfacción de las necesidades naturales.”⁵

El crítico ruso afirma que el tiempo cíclico en la época en que inició el grotresco, era una fusión espontánea del ciclo vital que ha sufrido una multitud de cambios. Ya para el Renacimiento la idea del tiempo se desarrolla mucho más y comienzan a mostrarse los problemas de la sociedad y lo cíclico se ve rebasado por la ideología histórica del tiempo. La obra de Rabelais destaca a la tradición original del grotresco. Mijaíl Bajtín afirma que hay un contraste importante en la evolución del término grotresco, junto con la vida cotidiana del tiempo de Rabelais, pues en el origen, se resaltaba a la vida popular y sus defectos, sin embargo, con el tiempo se pretende la perfección por medio estatutos marcados por la estética perfeccionista y el grotresco es relegado. En la obra de Rabelais existe la contradicción de la vida. Rompe con lo establecido en la estética de lo cotidiano; lo rebaja al mundo de lo denigrante, del miedo y la repulsión.

Bajtín asegura que en la época Medieval, tienen su principio las groserías, llenas de referencias que muestran los defectos corporales. En esta época se utiliza al organismo físico para resaltar sus formas grotescas, importantes en el entendimiento de las obras literarias referentes al realismo grotresco. Al parecer esa forma de exaltar los defectos corporales, fue un elemento retomado por los autores del realismo grotresco durante el Renacimiento, lo utilizan para expresarse de manera directa e intentan rescatar las características iniciales del concepto y de su tarea de infamia y de unificación con la tierra.

⁵ Mijaíl Bajtín, *Culturas populares en la edad media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*.

Desafortunadamente para el tiempo contemporáneo, el sentido contradictorio y renovador de las groserías está perdido y no queda más que la insolencia y el agravio. Lo que sí sobrevive en la actualidad, aunque un poco ahogado y limitado, es la percepción folclórica del cuerpo en los centros de diversión como el circo. O a los payasos y mimos animando una fiesta o haciendo malabares en las esquinas con semáforos.

Las bases tomadas de la Antigüedad Clásica, para formar el proyecto del Renacimiento, dice Bajtín, chocan por completo con el grotesco, y sus características dejan de ser mencionadas e ignorados todos los defectos del cuerpo y sus actos naturales como el sexo, el nacimiento, la angustia y la muerte. Se muestra al ser humano aislado del resto de la comunidad pública.

De este modo Mijaíl Bajtín define “<<realismo grotesco>> al tipo específico de imágenes de la cultura cómica popular en todas sus manifestaciones.”⁶ Estas imágenes tienen su origen en un tiempo muy antiguo, están en los mitos y las costumbres primitivas de los poblados, para después vivir un recorrido por los lugares menores, desconsiderados y aislados de lo clásico y lo canónico. El crítico ruso afirma que casi al término de la Edad Antigua, la imagen grotesca pasa por una etapa de revelación y modificaciones e influye en todas las artes. Así mismo se forma una variante de grotesco. Por ende son imprescindibles un momento del otro. “Los elementos esenciales del realismo se han formado durante las tres fases del grotesco antiguo: arcaico, clásico y post-antiguo... se desarrolla plenamente en el sistema de imágenes de la cultura cómica popular de la Edad Media y alcanza su epopeya artística en la literatura del Renacimiento.”⁷

⁶ Ibíd. P. 29-30

⁷ Ibíd. P. 30

Para seguir en la línea del teórico literario Mijaíl Bajtín y su exhaustivo estudio sobre el origen, el desarrollo, las diferencias y las características que el grotesco adopta entre el periodo Medieval y el Romanticismo, está la aproximación a lo humano, el encuentro consigo mismo y sus enredos. El acercamiento a la obscuridad y a las noches, con todo y las complicaciones que éstas atraen. En cambio en el grotesco del pueblo siempre hay alumbramiento, dado que es un momento de renovación, están la muerte y la vida juntas, alegres.

El crítico literario Schlegel define al grotesco como la primera muestra de lo fantástico, que aparece como una mezcla de todo lo que hay en la realidad, de lo que rompe con lo natural y como una extravagancia en las imágenes. En tanto que Jean-Paul Friedrich Richter también logra captar el umbral y la importancia del grotesco proveniente de lo popular. Afirma Mijaíl Bajtín, que Richter no llama al grotesco por su nombre, sino “humor cruel”, sin embargo, le da las mismas características iniciales, pues coloca su nacimiento en los rituales antiguos, y señala la importancia de la risa, nombra a estos festejos “una fiesta de locos”, para Richter es una forma de contrarrestar a la idea de perfección, y conduce a la elevación a un plano espiritual. Estos autores no dejan de ver al grotesco desde su punto de vista romántico y, como tal, restan poder a la risa. Ambos escritores coinciden en citar a Shakespeare y a Rabelais como ejemplo de dicho acontecimiento.⁸

Gracias al proceso romántico y su influencia en el grotesco, afirma el crítico ruso, es que deja un redescubrimiento humano, una mirada al individuo y a su interior: complicado e indefinido. No obstante, dice que los estudios no han sido suficientes para reconocer la

⁸ Apud. Mijaíl Bajtín, p 38

importancia del grotesco, ni le ha sido conferido el valor que merece, dentro de lo que se considera el rango estético.

De este modo, después de dicha influencia del Romanticismo en el grotesco, a mediados del siglo XIX, este último concepto sufre un desprestigio y un desinterés impresionante, de ahí en adelante cuando se citaba este término, se usaba para señalar a lo denigrante y al humor vulgar, en donde se insulta y sobaja a los individuos, así que el valor de las imágenes grotescas quedan relegadas.

Uno de los autores que dan una mala connotación, al grotesco, surge en 1824: el alemán Heinrich Schneegans, un ejemplo claro de la nueva Época Moderna, según Bajtín, en la que se mal entiende por completo la buena intención de la risa, pues el Dr. Schneegans no logra ver a la risa que regenera y purifica, por el contrario, la ve como negativa y triste, además señala al grotesco como una exagerada forma de representar lo que está mal visto, lo que no debe hacerse.

Mijaíl Bajtín indica que el grotesco renace en el siglo XX, a pesar de que su historia hasta ese momento resulta en contraposición y compleja. “... se pueden destacar dos líneas principales. La primera es el grotesco *modernista* (Alfred Jarry, los surrealistas, los expresionistas, etc.) Este tipo de grotesco romántico; actualmente se desarrolla bajo la influencia de existencialistas. La segunda línea es el grotesco realista (Thomas Mann, Bertold Brecht, Pablo Neruda, etc.) que continúa la tradición del realismo grotesco y de la cultura popular, reflejando a veces la influencia directa de las formas carnalescas (Pablo Neruda)”.⁹

⁹ Ibíd. P. 41

Quizá la posibilidad más encantadora que nos presenta el grotesco, según lo que dice Bajtín, es que da una alternativa diferente y renovadora de la realidad, rompe con lo natural y propone una estructura que reemplaza el orden de lo ya existente, que se muestra en un estado de felicidad: se alegra por la metamorfosis. De este modo el grotesco se vale del tema de la locura para hacer a un lado lo falso, así se observa de un modo desapegado y distinto, alejado de lo común. De la misma forma, se busca liberar al ser humano de las condiciones brutales de la vida establecida. A su vez, la risa y el origen del grotesco hacen libre a la razón, reflexión y fantasía humana que convida a asomarse a un panorama distinto.

A manera de conclusión en el prólogo de su trabajo, Bajtín señala que el grotesco va transformándose conforme surge el inacabable desperfecto de la vida, sin embargo los polos opuestos de ésta: la vida y la muerte, permanecen siempre en comunión: “...la vejez está encinta, la muerte está embarazada, todo lo limitado, característico, fijo y perfecto, es arrojado al fondo de lo «inferior» corporal donde es refundido para nacer de nuevo”¹⁰

¹⁰ Ibíd. P. 47

III

**ALGUNAS COMPILACIONES DE AUTORES DEL SIGLO XX QUE TRASLUCEN
EL CONTEXTO SOCIAL QUE LES TOCÓ VIVIR**

A lo largo de la historia reciente de la literatura, diversos autores han trabajado en antologías de cuentos sobre un mismo tema o tienen elementos repetitivos en los diferentes textos. Uno de ellos es Felisberto Hernández. En la recopilación de sus cuentos: *Nadie encendía las lámparas*; con una serie de nueve cuentos. Hay entre los textos, un tejido de hilos conductores de terror, desconcierto e ironía. Se trata de cuentos largos con finales abiertos, en todos ellos se encuentra un panorama desolador y desconcertante. Ahí, los objetos adquieren alma a medida que entran en relación con las personas. Además propone que la luz y la oscuridad cobren vida. Los instrumentos musicales que se animan son: un piano abandonado, una mandolina y un organillo. Aunque el leitmotif de la obra sea el que nadie encendiera las lámparas ante tal oscuridad. Se habla de ausencias, muerte, silencios, terror en descripciones y acciones; fantasmas, luces en los ojos, rostros aterradores y objetos que se adivinan en las tinieblas.

Por otro lado, estos textos se ven influenciados más por el grotresco romántico, pues Bajtín dice que "... el romanticismo coloca en primer plano la idea de una fuerza sobrehumana y desconocida, que gobierna a los hombres y los convierte en marionetas." Está el momento en que los objetos cobran vida, revelándose ante sus dueños. Por ejemplo: en el texto del Balcón, resulta asombroso que el personaje principal afirme que el balcón se suicidó por celos. En este mismo cuento se describen de una manera hiperbólica los excesos en las comidas, bebidas y veladas.

Jesús Gardea, por otra parte, en *Los viernes de Lautaro*, que es una recopilación de cuentos, donde es evidente un juego con la técnica del claroscuro; sus narraciones son cortas y con finales abiertos, en las que siempre se ve a la luz y a la sombra, entrando y saliendo de escena. Hay en sus textos diversas descripciones grotescas. Una paranoia constante en las mentes de los personajes como consecuencia de la soledad y la ausencia, que suelen estar siempre ligadas a la muerte. El autor se vale de la animalización para dar movimiento y un dejo de muerte a sus textos y a sus personajes: como el hombre que se la pasa matando moscas, el que vive con un gato que lleva el nombre de su esposa muerta, el que recobra el habla por las libélulas, los perros que ladran, o el que tiene alma de conejo, entre otros. Algunos de sus personajes tienen problemas con los juegos de azar, en los que se refugian, según el narrador, para curarse del dolor; se les ve con deudas y armas. Hay eventos milagrosos en común en esta serie de cuentos, como el que un mudo que antes jamás habló, comience a articular palabras después de ser coronado por las libélulas, según asegura su madre. Los elementos que se observan con más frecuencias se refieren a la soledad trepada en diferentes escenarios. Se ve a la naturaleza y al tiempo cobrando vida: el sol, la sombra, los árboles, las hojas, el aire, y la arena. Hay una descripción de la ausencia, de la soledad, de los personajes y de la muerte en diversas representaciones.

En casi todos los cuentos de Jesús Gardea hay un escenario desértico y solitario, a esto se añaden siempre las acciones desconcertantes por parte de los personajes, para lograr un ambiente de desolación. Esta lectura envuelve al espectador en los actos absurdos de los personajes, como el que orina oro, algo *degradante*, como le llama Bajtín a las partes bajas del ser humano y a sus actos, Gardea lo ilumina de oro. Deslumbra tanto que es inevitable no mirar hacia los orines de oro. La orina, un elemento frecuente, aparece también cuando

la mamá del personaje, que nunca hablaba y de repente lo hace, pasa todo el tiempo junto a él, incluso en las noches y porque a ella le causa terror el imaginar el retrete de noche: entre ruido de láminas y tablas podridas, así que ella prefiere orinarse en donde está. Otro elemento grotesco en común son las moscas muertas y vivas que carcomen a los personajes, pues hay en ellas la comunión entre la vida y la muerte.

Raymond Carver, en *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, presenta una serie de cuentos en donde abunda la descripción detallada de espacios y de las acciones de los personajes, como si se tratara de obras de teatro. Sus finales son abiertos y desconcertantes. Son cuentos cortos, la mayoría son diálogos, por eso resultan dinámicos y rápidos de leer. Trabaja con el misterio, el consumo frecuente del alcohol y las problemáticas que esto atrae. Están presentes las contrariedades de pareja: las infidelidades, y la traición. Carver utiliza el motivo de los dientes o la sonrisa blanca para insinuar el engaño que lleva a un divorcio. Los elementos comunes son la soledad y las ausencias que quedan al finalizar una relación. Al inicio de varios textos se mencionan objetos que se exhiben como un augurio de lo que no se cumplirá al final. Por ejemplo: una puerta abierta que la protagonista pretende cerrar, pero se distrae con el vecino y al volver a su cama, descubre que había olvidado cerrarla. En otro texto, el padre del personaje que cuenta la historia, le obsequia unos dulces, pidiéndole no olvidarlos, pero que al final, olvida. Esto por mencionar algunos ejemplos. De este modo crea una secuencia, un hilo conductor entre las historias, aun cuando son distintas.

Hay una secuencia en el hábito del alcohol y la infidelidad como problemáticas que destruyen a los personajes, por su forma de beber en exceso como algo cotidiano, así como el ser infieles casi por casualidad. Las acciones extraordinarias de los personajes, también

asombran. Por ejemplo: en el cuento del “Visor”, se manifiesta el morbo de querer ver la actuación de un fotógrafo de fachadas de casas, sin manos y con garfios, sosteniendo una taza de café. Ésta es una obsesión que se le presenta al hombre que ha sido abandonado por su familia. Así mismo en “Veía hasta las cosas más minúsculas”, aparece un escenario entre la oscuridad y el suspenso, además de la descripción de los gusanos brotando de la tierra y carcomiendo las plantas.

James Joyce retrata al Dublín de principios del S. XX, en su obra *Dublineses* 1914, a través de una serie de cuentos largos, con finales de epifanía, en los que el narrador, por tratarse casi siempre de un niño, da la impresión de ser el mismo personaje, sin embargo, son varios. En sus descripciones, se reconocen las calles como Magallanes, Naas, la loma de Inchicore y la estación de North Wall. Se trata de calles y jardines siempre a oscuras. En estos textos se ve a un Dublín dominado por la iglesia católica y la educación conventual. Por tanto, los temas más recurrentes son la muerte, la iglesia, el oficio del sacerdocio y los sacerdotes, que desprecian la educación pública y abogan por la suya, con su moral impuesta. El autor refleja los prejuicios que se infundían en la sociedad de su tiempo por medio de las actitudes y acciones de los personajes.

Se describen a detalle los escenarios: las calles que van al mercado, llenas de borrachos y trabajadores maldiciendo a los que pasan. Está la cara grisácea de un sacerdote muerto, persiguiendo y murmurándole al personaje principal; éste lo ve con su sonrisa y labios húmedos de saliva. Otra innegable referencia a lo grotesco, pues muestra a la muerte y describe a un muerto como un proceso humano.

Crónicas desde los nichos, pretende identificarse con este último trabajo, porque utiliza un lugar como protagonista velado de todas las historias. Los textos intentan dar a

conocer las calles, casas, paisajes y gente que habita el espacio protagónico. Todos los anteriores escritores, cuentan con su propio estilo y, desde su punto de vista, también traslucen el contexto social que les tocó vivir. Cada uno muestra fotografías del tiempo que vivió. *Crónicas desde los nichos* intenta resaltar la condición real y cotidiana de un espacio y sus habitantes, teniendo como protagonista al mismo lugar.

Y por último, no quiero dejar de mencionar a José Revueltas, uno de los autores mexicanos de mediados del siglo XX, cuya obra literaria entraña el contexto histórico que le tocó vivir. Es el genio creador de diferentes personajes y sus formas de vida que a través de sus actitudes y acciones se convierten en un reflejo fiel de la realidad. La tendencia revolucionaria y de activismo político del autor, se reconocen a través de su obra, en donde alza la voz para denunciar y protestar por la situación de marginalidad y carencia humana. De este modo en la recopilación de los cuentos que forman *Dios en la tierra*, se presentan diez y seis textos, la mayoría largos y de finales abiertos. En ellos, como en el resto de su obra, hay un estudio concienzudo sobre la condición humana y su sufrimiento que tiene cabida en cualquier pedazo de la tierra. Así pues, describe actitudes y características de los obreros, de los “sin trabajo”, de los indios aliados con la naturaleza, mientras guardan silencio, después de haber sido saqueados y humillados. Está un indigente con olor a caspa y a grasa humana. Un Sastre con “rabia sorda y cólera implacable”. Un recluso y un pescador con el mentón y la nariz crecidos, “como crecen siempre en las gentes necesitadas”, dice el narrador.

El elemento más común entre estos textos, es que en todos hay un Dios con odio, con locura y terquedad, siempre tapando la luz, y cerrando las puertas de los pueblos con sus manos en forma de nubes. Se ve a los personajes pidiendo porque Dios los perdone,

ellos, hijos de Dios. Dios esperando solo al igual que los hombres. O a Dios adoptando la forma de la sed. Por otro lado, los escenarios son lugares metafóricamente cerrados y solos: un barrio solo, alejado de la ciudad o los puertos rodeados por el monte y la sal; la soledad en la prisión o la de un pueblo “cerrado con odio y piedras”.

Se ostentan los elementos naturales como vitales: al agua de la que nace vida; el sol renaciendo en contrapunto con la oscuridad; la noche y la tierra ennegrecida, convertidas en bestias, junto con el monte, aliados de los indios y de los enfermos. La tierra de donde crece vida para retornar a ella en muerte. Revuelas presenta a sus personajes a través de la descripción de sus ojos: los de las mujeres ante las crisis, los de los indios, los de un recién nacido en dolor y ausencia, o los de la gente con los ojos cerrados. Ojos que olvidan y borran el pasado. La muerte está todo el tiempo ahí, hay hombres muertos con sus pechos de caja convertidos en costales, con las calles oscuras como ellos, entre voces guardadas; escondidas en el mar y en fondo de la tierra.

Hay, en diferentes textos, canciones en forma de presagios o epifanías, que hacen alusión al momento que se narra o a la tensión dramática. En “La conjetura”: un barco toma vida en un mar inabarcable, lleno de sal, igual que los hombres: en el sudor, en las lágrimas. Mientras alguien canta sobre la gente que muere a las tres de la mañana, al tiempo que un hombre muere lentamente, propagando su peste de cólera, y la sal se pone a sorber sangre. O cuando el sepulturero canta melodías en los entierros.

Otro tema recurrente es el amor olvidado, el amor muerto, en “Una mujer en la tierra” se recuerda a la existencia feliz con color, olor y aroma. Se escarba la tierra, en donde todo está vacío, solo con uno mismo y en donde un beso y una palabra hacen olvidar cualquier evento que pudiera ocurrir en la tierra. Se presenta a un hombre muerto que es

sepultado, mientras su mujer niega la muerte al tiempo que da a luz. Hay recuerdos del amor. Le presenta a la viuda una nueva realidad de abandono en donde parece que todos los hombres están muertos.

Con respecto a *Dios en la tierra*, los estudiosos del autor duranguense: Martha Elia Arizmendi, Jesús Humberto Florencia y Gerardo Meza, en el artículo: *Cada cuerpo una prisión en la obra de Revueltas* (La colmena, 2011. p. 108), denominan que “Las referencias autobiográficas son parte de las estrategias literarias que permiten colocar a los personajes en situaciones extremas. Aunque se piense que la sola ocupación de un panóptico conlleva la degradación de los individuos, lo que se sabe poco es que hay profundidades aún más devastadoras, como estar en presencia de Dios vivo, el Dios en la tierra”¹¹

Por otro lado, la obra de José Revueltas está llena de momentos carnalescos y grotescos. Trata de personajes populares; la mayoría marginales y aislados a los que describe sin piedad alguna. Por ejemplo, en “Una mujer en la tierra”, se describe a un sepulturero cojo hundiéndose en la tierra su pata de palo mientras canta una melodía rara, en lo que las viejas entonan plegarias, tras un féretro negro. En el cuento de “Dios en la tierra” hay una descripción de la saliva con sed: “gruesa, que ya sabía mal, a lengua calcinada, a trapo y a dientes sucios”. Aunque quizá uno de los momentos más grotescos e impactantes es cuando describe al enfermo de cólera en “La conjetura”; la forma en que apesta y los hombres que lo alejan tragando ese olor que se mezcla dentro de sus estómagos. Los síntomas del enfermo: el vómito, las axilas pegosiosas y sin fiebre, son imágenes que se vuelven repulsivas; se siente ese olor nauseabundo pasando por la garganta y el estómago,

¹¹ Martha Elia Arizmendi, Jesús Humberto y Gerardo Meza. *Cada cuerpo una prisión en la obra de Revueltas*, La colmena, México, 2011. P. 108

provoca una sensación de que junto con los personajes, el lector también traga de ese olor. Los anteriores ejemplos son sólo algunas de las escenas grotescas y carnalescas de la obra literaria de Revueltas.

José Revueltas da un giro repentino a la literatura mexicana de mediados del siglo XX con la aportación de su obra realista-grotesca. En su momento no fue bien recibida por la crítica estilística, argumentando un lenguaje descabellado, con diálogos y personajes en decadencia humana, sobajados por el sistema. Revueltas rememora y alude a la situación de extrema pobreza en el país de su tiempo. Es un estudioso del ser humano; de su actuar y su contexto histórico y social, que lo mantiene en estado de humillación, atrapado en su realidad.

En *Revueltas Una literatura del lado moridor*, Evodio Escalante menciona en su estudio sobre la obra del duranguense, que el autor escribe no sólo sobre los obreros y las condiciones aberrantes de su trabajo, sino que visibiliza a los que no llegan nunca ni a obreros: las prostitutas, los encarcelados, los asesinos, rateros, o familias alimentándose únicamente con té para sobrevivir ante la crisis, al no tener dinero para comer. A cualquiera de estos personajes que se le analice a través de su lectura, se le ubica como a un ser que es despreciado por la sociedad. Quizá este proceso sea una de las consecuencias del fracaso evidente de la tan esperada modernidad y apoderamiento capitalista de la economía y las mentes humanas, tema en el que Revueltas se especializa, pues no sólo se enfoca en lo popular sino que también en el contexto político y en el abuso de poder, manifestando su desacuerdo. Pues también se involucró en diferentes movimientos históricos para el país, como la masacre de los estudiantes del dos de octubre de 1968. Como consecuencia de su transgresión fue preso y torturado, su ardua participación política se muestra con toda

transparencia en sus obras maestras. Revueltas aparece en diferentes personajes activistas, que incitan a un cambio, a una revelación de lo impuesto, tal y como se lo propone el origen del grotesco: rebasar la línea de lo establecido, burlarse de los altos mandos y ponerse a la par con ellos, así como resaltar el contexto de lo popular, del pueblo. Sólo que Revueltas da un rumbo sin risa y de un modo revolucionario, hace una introspección al interior del ser humano y hace que sus personajes se enfrenten consigo mismos y con sus propios demonios, característica esencial de la etapa romántica, según Bajtín, "... el romanticismo ha hecho un descubrimiento del individuo subjetivo, profundo, íntimo, complejo e inagotable."¹² Revueltas está enfocado en la conciencia y en los actos de sus personajes, su literatura muestra al individuo, a su interior y a lo que lo rodea, muy de cerca, al tiempo que lleva la batuta de ilustrar el mundo que les rodea: lo público, con las problemáticas sociales, culturales y políticas de su tiempo, que no deja de ser el actual. Por ejemplo, en su novela de *Los errores*, se enfoca en trabajar la mente de dos hombres que intentan un robo, por un lado Mario Cobián, por otro El Enano, aparecen en escena en el momento preciso para llevar a cabo ese robo, sus circunstancias se encargaron de juntarlos. Cobián asesina a su madre en su tiempo adolescente, más tarde, se encarga de un prostíbulo y está enamorado de una de las prostitutas. El segundo personaje: *Elena*, como le llama el narrador, es un enano alcohólico que no veía más luz que la del circo en el que trabajaba, hasta que se encuentra a Mario Cobián, se enamora de él y hace todo para mantenerlo cerca. En torno a ellos gira todo un mundo social y político, hay una serie de personajes a los que Revueltas echa un vistazo interno, muy concienzudo. Hay una afinidad asombrosa con la realidad y el funcionamiento del ser humano, en sus descripciones sobre el funcionamiento de sus mentes y sus actos. El genio duranguense también enfoca a los

¹² Apud. Mijaíl Bajtín, p. 38

obreros en huelga y a algunos líderes comunistas, uno de ellos es Olegario que rememora su historial político, se narra que como consecuencia de su activismo es encarcelado en Belén. Esa memoria es cruda, causa escalofríos, quizá una de las descripciones más crudas, más del desecho en el que se convierte el ser humano: "...El olor del agua pegajosa era lo que más recordaba. Los desperdicios de comida disueltos en el agua del drenaje; un olor espantosamente humano, puedes estar seguro; las paredes del caño, capilares, con vellos, con pelos, bajo una capa de las más increíbles vegetaciones, como mandadas a recubrir con todos los escupitajos del mundo"¹³. Sin embargo, cada uno de sus personajes termina por asumir su realidad, existe en ellos como lo afirma el autor: "un lado moridor", su estilo tan ingenioso de hablar sobre la realidad literariamente.

De este modo la literatura de Revueltas ha sido muy estudiada y es considerado como uno de los únicos escritores realistas mexicanos. Él mismo dice, en su prólogo de *Los muros del agua*, que sus personajes y su obra se encuentran *del lado moridor*, tal y como el pueblo le llama.

¹³ José Revueltas, *Los errores*. ERA, México, 1979. Pp. 102

IV

CRÓNICAS DESDE LOS NICHOS**La Propuesta**

Desde la forma en que el duranguense dibuja la realidad en sus personajes y las situaciones en que se encuentran, es como aprendí a darle un asentamiento literario a los textos. Quizá mostrar en los personajes cierta aceptación de su realidad, un consuelo en la conciencia y en la implacable necesidad de los personajes, dentro de su condición de vida. *Crónicas desde los nichos* son textos trabados en la miseria y el descuido humano: la sobrepoblación, la destrucción de lo natural y de sí mismo. Son temas protagonizados a través de personajes que resultan grotescos y carnalescos. Sin embargo, conforme a lo aprendido de José Revueltas, intento mostrar en los actores de los cuentos, un dejo de aceptación de su realidad, para evitar lo que él llama un “reportaje *terriblista, documental*”¹⁴, que refiere a una realidad mal entendida. Las descripciones de los personajes: grotescas, reales y al mismo tiempo imaginadas minuciosamente, como dice el trabajo que Evodio Escalante realiza sobre la obra de Revueltas en: *José Revueltas Una literatura del “lado moridor”*,¹⁵ así que, en *Crónicas desde los nichos*, hay también un lado moridor, pues como bien dice Escalante, la literatura de Revueltas parte de una “Realidad textual”, un entorno que existe, el duranguense lo llama “realismo materialista-dialéctico”, es la forma en que se presenta la obra literaria de Revueltas, una manera impresa de la realidad hecha literatura.

¹⁴ José Revueltas, *Los muros del agua*, (prólogo). México, Ibnkaldun, 1941.

¹⁵ Evodio Escalante, *José Revueltas Una literatura del “lado moridor”*. México, FCE, 2014.

De este modo la narradora presenta el ambiente en donde se desenvuelven los personajes en los primeros cuentos; lleva al lector a conocer las condiciones de los nichos, de las Vírgenes y de la Unidad, para después tras levantar el telón, comiencen a asomarse los seres que ahí habitan. La luz se enciende en el rostro del hombre que despierta porque un perro lo olfateó, despierta tieso y crudo, sin poderse valer por sí mismo, sin embargo le alegra el día el cielo y una gota de alcohol que quedaba en su botella aplastada. Está “el Bot”, con sus artimañas de ladrón de esquina, vendedor de marihuana y piedra, astuto para conseguir dinero, robar casas abiertas y todo lo que vea mal acomodado, tímido para espiar, alegre y cantador. “El Millán”, muerto por su ansiedad de robar pero astuto y dedicado en el futbol. O a la familia de los fardos, entregados también a su propio vicio, vuelto su negocio y forma de vida, orgullosos y dando valor a su forma de supervivencia, donde están acostumbrados a ser los mejores. “El mudo”, por su parte, es uno de los personajes más puros dentro de la jauría; pues sonrío y simpatiza sólo con los niños y con la Virgen. Otro personaje que logra superar su situación es “El Harapos” que pese a su paraplejía, regatea a los jóvenes, no deja de sonreír y de ser impecable es su apariencia.

Otra característica de *Crónicas desde los nichos*, es que los cuentos se inscriben dentro del género fantástico, porque las narradoras son seres inanimados: las imágenes de la Virgen de Guadalupe cobran vida a la hora de solapar el modus vivendi de sus fieles. La protagonista es una Unidad Habitacional, construida sobre La Laguna y el Lago de Texcoco. Estos seres fantásticos, logrados a través de la prosopopeya; figura retórica que da cualidades a seres inanimados, tienen como antagonistas a los habitantes de la extensa Unidad. Por lo tanto La Ermita, es el personaje del que hablan las Vírgenes. Ellas en su papel de narradoras explican su situación y para describir algunos casos de los muchos que

se han suscitado en esa zona de la ciudad, pretenden hacer fotografías de algunos de los lugareños del espacio habitacional.

Crónicas desde los nichos podría ser condenada por lectores que gustan del arte clásico, en donde el uso del buen lenguaje predomina y lo demás resulta espantoso, en donde un buen escritor no debe usar palabras que golpeen la sensibilidad del lector con vocabularios que se utilicen en los barrios marginales y en donde un lenguaje como el que usan las narradoras, o la voz de los personajes, suenen vulgares y contradictorias para la armonía que debería llevar un buen texto literario. Sin embargo, lo que preocupa acá es el intento de ser congruente con las historias y los diálogos, la intención principal es sin duda el narrar una situación verosímil por medio del proceso imprescindible de la literatura, de modo que se muestra la parte popular y su forma de vida, incluidos sus festejos, que coinciden quizá con el origen principal de la carnavalización y el grotesco; sus bailes desbordados de pasos únicos y rítmicos con pretexto de celebrar a las Vírgenes de Guadalupe que habitan en toda la Unidad. Es quizá de los restos del origen del grotesco; lo que queda de su proceso de transformación con el paso del tiempo, desde que en el siglo XVIII las festividades públicas comienzan a tener limitaciones y quedan huecas, en simples ganas de festejar. De este modo el grotesco decae y se convierte ya sólo en una técnica o costumbre literaria, sin la tradición del festejo popular, según el estudio de Bajtín.

El grotesco carnavalesco ofrece el desenvolvimiento de la imaginación y rebasa la línea del orden establecido. Se aleja de lo común y de ideas superficiales sobre la vida y cuestiona lo ya existente. Propone una mirada diferente de la vida. Y aunque durante el desarrollo de los cuentos de *Crónicas desde los nichos*, no se planteó el hecho de estudiar la influencia del grotesco, sí era consciente de la necesidad de narrar hechos apegados a la

realidad experimentada y observada durante algunos años, pero también fueron terminados y pulidos por el imaginario, para quizá llevar un retrato de la realidad de esta comunidad popular Iztapalapeña que resulta grotesco, a los ojos de los que habitan fuera de ella, pero es la forma popular de vida de la mayoría de los lugares de la Ciudad de México.

Bajtín asegura que, durante el romanticismo, el grotesco pierde su sentido y hay una debilitación de la risa que “renueva”, sin embargo, es un parteaguas para el tiempo que se vivía; entre los nuevos estatutos de autoritarismo y el intento de vida perfecta.

Un elemento esencial del grotesco son las máscaras, Bajtín opina que:

Es el tema más complejo y lleno de sentido de la cultura popular. La máscara expresa la alegría de las sucesiones y reencarnaciones, la alegre relatividad y la negación de la estúpida autoidentificación y coincidencia consigo mismo; la máscara es una expresión de las transferencias naturales, de la ridiculización, de los sobrenombres; la máscara encarna el principio del juego de la vida, establece una relación entre la realidad y la imagen individual, elementos característicos de los ritos y espectáculos más antiguos. (p. 26-37)

Crónicas desde los nichos intenta ser “una fiesta de locos”, como Bajtín describe a las fiestas del grotesco: danzando con sus máscaras, alrededor de las Vírgenes, disfrazándose de sonrisas, baile, cordialidad, bebida y alegría pública por algunos días, algo que no se ve a diario, se reúne para celebrar a sus imágenes hasta la madrugada, olvidando a veces, y sólo a veces, los conflictos entre vecinos, para lograr una fiesta enfocada en lo espiritual. Cada habitante con su propia máscara, con su propia danza. Y aunque la carnavalización esté muy alejada de su origen, casi nadie conozca su significado y el grotesco haya retomado diferentes significados y tendencias conforme la historia humana, el momento actual de crisis y decadencia humana en el que nos encontramos en siglo XXI,

mantiene algunas de sus características principales, aunque su naturaleza esté casi perdida. Hay en la historia de la Unidad Ermita, una forma de individualización muy compleja, que queda de lado al volverse una con los demás habitantes y con la Ermita misma; sus callejones, sus espacios públicos. Es un lugar que festeja y que tiene sus creencias. Los individuos se mueven entre los pasillos, con cualquier intención, se trata de seres corrompidos (no todos), complicados de entender, a menos que se viva dentro de su contexto. Al respecto, Revueltas habla en su prólogo de *Los muros del agua*, sobre cómo es importante mezclarse, embarrarse, vivir lo que se escribe; allí cuenta la anécdota de los leprosos, de cómo es que se mezcló entre ellos para encontrarse con que lo que realmente debía escribir, no era sobre la lepra, sino sobre el ser humano que habitaba la enfermedad. Aunque tampoco se trató de un reto el vivir en este espacio para escribir *Crónicas desde los nichos*, es decir, no es que me lo propusiera, pero mi contexto de vida, al mudarme aquí, dejó de ser individual para verme involucrada en el ambiente de la Unidad y paulatinamente aceptar, observar y reflexionar sobre el espacio que me rodea e intentar transmitir un poco de la esencia de este lugar impresionante.

Crónicas desde los nichos intenta recrear uno de los principios fundamentales sobre la imagen grotesca, se trata de una de las características esenciales, que según Mijaíl Bajtín, son la unión de “los dos polos del cambio: el nuevo y el antiguo, lo que muere y lo que nace, el comienzo y el fin de la metamorfosis...”¹⁶ Por lo tanto a lo largo de los diferentes cuentos, se describe la creación improvisada de “La Unidad Ermita” sobre las aún húmedas y fangosas tierras del lago de Texcoco. Se cuenta también de su desarrollo y la transformación de sus habitantes y de sus mismas casas, con vidas siempre en

¹⁶ *Ibíd.* P.24

contradicción. Para terminar por volverse uno, el deterioro de ambos con su ruina inminente y cíclica que se logra a través de la fragmentación de la tierra ya seca, vuelve a la Unidad un espacio casi inhabitable por sus grietas alarmantes. Por otro lado los inquilinos de esta tierra, la mayoría en decadencia, sufren las consecuencias de sus vidas y sus errores con la venganza de “La Laguna” y “el lago de Texcoco”, cuando con ayuda de un ciclón, desaparecen esta parte de la ciudad para recuperar su espacio invadido por años.

De este modo, en la relectura de la obra de José Revueltas, el cuento de “El quebranto” me recordó al cuento de “El colibrí”, de *Crónicas desde los nichos*, por tratarse de la historia de un hombre joven que es recluido en el reformatorio. En este texto como en casi todos los que conforman *Dios en la tierra*, el encierro, la luz de los focos y la noche adoptan un papel principal, formándose en contrapunto la libertad; la luz del día, el sol y la esperanza. Cristóbal, rencoroso, lleno de odio profundo, como el de Dios, decide olvidar a la madre para castigarla, e intenta borrar todo su pasado. En “El colibrí” el personaje, que es encarcelado, se abandona tras los separos a imaginar que es un veloz colibrí. “El colibrí” es uno del conjunto de cuentos que conforman una antología de sesenta cuartillas.

Estos cuentos contienen un alto porcentaje de violencia que resulta grotesca, desagradable: se ve a los jóvenes en motocicletas espiando a quién robar, a una adolescente violada frente a su novio. Una mujer muere sólo por pasarse en el momento equivocado. También el hombre derrumbado por el alcohol, tirado a un lado de la jaula sin poder levantarse, con los cabellos enmarañados, que causa repulsión, quizá compasión. La descripción de “El Bot” flaco y con los dientes rotos. “Al güero” huyendo del asesinato que comete contra el nuevo amante de su exmujer: Silvana. “El güero” y Silvana sin dientes. Tal vez uno de los momentos más carnavalescos, sea cuando La Laguna y el ex lago de

Texcoco esperan años antes de apoderarse de su viejo lugar y tomar venganza en contra de los destructores ocupantes de su hogar para recuperarlo. Estos son algunos de los casos en los que aparece el grotesco inevitable.

En general se trata de personajes cotidianos acostumbrados a su forma de vida y a los que hay alrededor de ellos, con su propia forma de mofarse de sí mismos, de su condición y al mismo tiempo de un modo quizá inconsciente, del sistema mismo. Se encuentran en una situación de marginalidad en donde se dedican a robar, vender droga o extorsionar. Y si a ellos se les presentara la oportunidad de reformar su vida, quizá no lo harían, antes se justificarían tal vez, tras sus hazañas de robar a los grandes consorcios millonarios, como el caso de la familia de los fardos quienes han adoptado y crecido de ese modo, ese es su trabajo, su forma de vida. Se trata un asunto muy complejo, se trata de la condición humana.

Crónicas desde los nichos sufre una metamorfosis, surge un reencuentro de la naturaleza consigo misma y de la imagen de la Virgen de Guadalupe, altares que sucumben en un final feliz, deseado. Es un nuevo comienzo también para los habitantes y las casas agrietadas. En cada cuento se aspira a una renovación, a una mirada al interior de los personajes, a un intento de alivio a su conciencia. Quizá en este sentido, la influencia del grotesco romántico está impresa inconscientemente, o es una de las tantas mutaciones que sufre el grotesco en este tiempo en el que se vive el fracaso de la tan anhelada idea de la era moderna. También hay en los textos una exaltación del cuerpo y sus descuidos, como la ingesta de alcohol, drogas y mentes corrompidas, estancadas en su forma de vida.

De este modo como bien lo dicta la definición de **crónica interpelativa**; todos los textos de *Crónicas desde los nichos*, surgen de un origen real, con personajes y

circunstancias tomadas de la vida cotidiana de una de las zonas más conflictivas de la ciudad de México, aunque, llevadas por mi interpretación imaginada. Parece elemental resaltar la realidad cotidiana y marginal, por medio de la literatura y del arte en general. La crónica es una forma de dar un orden literario a la indescifrable vida humana.

V

CONCLUSIONES

Después de haber analizado algunos elementos que influyeron en la escritura de *Crónicas desde los nichos* y enfatizar en la historia del grotesco según los críticos literarios: Elena Beristaín y Mijail Bajtín, y, de revisar aspectos sociales e históricos, reflejados en la obra de diferentes autores como Felisberto Hernández, Jesús Gardea, Raymond Carver, James Joyce y José Revueltas, encontré la influencia de su obra en la recopilación de *Crónicas desde los nichos*. Hay en los cuentos narrados por las Vírgenes, personajes marginales y marginados por la sociedad que habitan en un lugar igualmente precario y por tanto es inevitable no considerar al grotesco para describir lo perteneciente a lo público y a la comunidad de ese lugar. Los simples retratos son sencillos y fieles a los protagonistas y a la zona habitacional.

Sin embargo, como enuncia Revueltas, es un reto el tomar lo real y volverlo literatura, porque: “la realidad siempre está un poco más fantástica que la literatura”, por ello lo que el autor hace en su obra, es estudiar a la realidad e imaginarla, pues como ya se dijo antes, Revueltas retrata el “lado moridor”: al pueblo, a lo marginal, a los personajes más ignorados por la sociedad. Así que esta intención quiere ser la más importante en *Crónicas desde los nichos*; ser fiel al actuar de la realidad, mostrar no un vistazo rápido por el lugar y sus habitantes, sino detenerse en ellos, observar, analizar e imaginar, para resultar verosímil en las narraciones.

Si bien está claro que el origen del grotesco no es el de historias crudas y hechos crueles o asquerosos, sino todo lo contrario: es de fiesta y de renovación por medio de la

risa. La obra de Revueltas trabaja un elemento esencial para el origen del carnaval; pues dice Evodio Escalante que la obra del autor de literatura realista, trata sobre el pueblo y logra en cada personaje una renovación, un final que es al mismo tiempo un comienzo aceptado por ellos mismos, sin importar la situación más cruel en la que se encuentren, la muerte y el nacimiento siempre unidos en la tragedia o en las situaciones complejas que se le presentan al ser humano.

Crónicas desde los nichos sufrió un proceso de escritura largo, de asimilación de los personajes y de sus circunstancias, no obstante, como el género del cuento lo exige, no se profundiza tanto en una transformación de personajes, aunque termina por existir, y por ser cada texto un cambio en el ciclo de la Unidad y sus alrededores, están presentes la vida y la muerte unidas siempre. Lo que se pretende plasmar acá es la impresión más exacta que se tiene sobre una persona o hecho, junto con su descripción, y un conflicto interno o externo que no pretende nunca resolverse, aunque sí encontrar en el personaje una aceptación que le permita un poco de tranquilidad en su ser.

Es importante el tratar de rescatar o de afianzar al grotesco como una forma literaria que muestre principalmente a los personajes de colonias populares de la ciudad, que se hable sobre lo público, ser un portavoz del pueblo, de lo que se ve actualmente, rescatar las costumbres que resuenan en el carnaval, en la renovación a través de la risa, a la vida y la muerte unidas, sin tabúes de temor a ésta última. El pueblo mexicano en general cuenta con diferentes momentos carnalescos, aunque no sea consciente de ello. La principal característica sería el humor con que se toma a sí mismo y hace una parodia satírica de las tragedias públicas y de los errores de los políticos.

Hay en el pueblo un sentido del festejar sus costumbres. Por medio de éstas se sufre de una renovación de lo popular. *Crónicas desde los nichos* es un retrato con características específicas de una comunidad en viviendas comunes. En este conjunto de cuentos, se mantiene una vida cíclica y regeneradora, festiva con sus Vírgenes que sirven de escape para los personajes en toda la obra, hasta que La Ermita, termina por sucumbir ante las averías que se presentan en toda ella. De este modo, se llega el fin para la Unidad y sus habitantes, mas no para las Vírgenes. La Laguna y el ex lago de Texcoco, éstos últimos vuelven a ocupar un poco del espacio que alguna vez les correspondió y a las Vírgenes les resulta un alivio, se hunden en completa aceptación alegre, pues ese momento había sido muy añorado por ellas. De este modo está a la vida y a la muerte en comunión con los ciclos de las vidas presentadas.

BIBLIOGRAFÍA:

ARIZMENDI Domínguez, Martha Elia, (compiladora). *Violencia, Degradación, Encierro. La poética de José Revueltas*. Toluca. UAEM, 2015.

ARIZMENDI Domínguez, Martha Elia, Jesús Humberto y Gerardo Meza. *Cada cuerpo una prisión en la obra de Revueltas*, México: La colmena. 2011.

BAJTÍN, Mijail. *Culturas populares en la edad media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial. 1987.

BERISTAÍN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, México: Porrúa. 2004.

CARVER Raymond, *¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?* Anagrama, 1987.

CRUZ González, René. “A punto del desplome la Unidad Ermita Zaragoza”, de La Crónica.com.mx Sitio web: <http://www.cronica.com.mx/notas/2007/295747.html>.
[27/4/2007](http://www.cronica.com.mx/notas/2007/295747.html), consultado 30/10/2016.

SILVA, Hernán (comp.), *De la ironía a lo grotesco*. México: UAM, 1992.

ESCALANTE, Evodio. *José Revueltas Una literatura del “lado moridor”*. México: FCE, 2014.

FREYRE Carreón, Dora Celia. Identificación y caracterización de los diferentes tipos de fracturas que afectan el subsuelo de la delegación Iztapalapa del Distrito Federal. México: a.i México. 2011.

GARDEA, Jesús. *Reunión de cuentos*. México: FCE. 1999.

GUERRERO, Javier. (1983 enero/febrero) Revueltas o el marxismo-pesimismo. *El Buscón*, No. 2. 191.

HERNÁNDEZ, Felisberto. *Obras completas vol. 2*. México: Siglo veintiuno, 2007.

JAMES, Joyce, *Dublineses*. Argentina: Ediciones del Sur. 2007.

LEÑERO Vicente, Carlos Marín. *Manual de periodismo*, México: tratados y manuales Grijalbo. 1986.

SARDÓN Isabel. *Formas del Carnaval en el Teatro. Del "realismo grotesco" de Aristófanes, a los "criados" de Menandro*. Castilla: Universidad de Valladolid. 1996.

Real Academia Española. Madrid: Santillana. 2011.

REVUELTAS, José. *El apando*. México: ERA. 2014.

_____. *Dormir en tierra*. México: ERA. 2014.

_____. *Los errores*. México: ERA. 1979.

_____. *Los muros del agua*. México: Ibnkhaldun. 1941.

_____. *Material de los sueños*. México: ERA. 2014.

ZAVALA, Lauro. *La ficción posmoderna como espacio fronterizo*. (Tesis doctoral) Centro de estudios Lingüísticos y Literarios. México: El colegio de México.

_____. (2000, primavera) Seis problemas para la minificción, un género del tercer milenio: Brevedad, Diversidad, Complicidad, Fractalidad, Fugacidad, virtualidad. *El cuento en red No. 1*. 18.

_____. *Teorías del cuento. Vol 2*. México: UNAM. 1993.